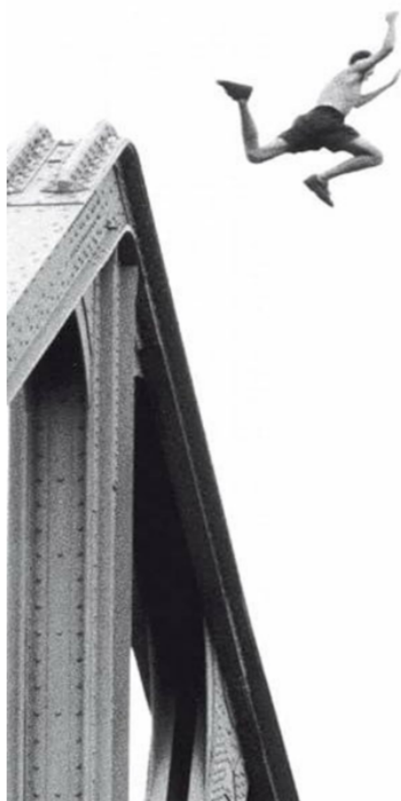

Biblioteca Formentor

Markus Orths

La sala de profesores



Martin Kranich es un maestro recién titulado que consigue un ansiado puesto en una escuela del sur de Alemania. Desde el primer día de clase, se ve atrapado en un sistema perverso: el director ejerce un poder casi dictatorial sobre los profesores; en su mano está humillarlos y chantajearlos, aburrirlos con reuniones superfluas, espiarlos y atormentarlos con burocracia administrativa.

Inmerso en situaciones grotescas y diálogos asombrosos, Kranich luchará contra los cuatro pilares que rigen el funcionamiento de la escuela: el miedo, la mentira, la farsa y los lamentos. Delatores, conspiraciones, espionaje, contraespionaje. ¿Quién dijo que la vida de profesor es aburrida?

Convertida en un *best seller* y galardonada con el Premio Floriana, el de Limburgo y el del Estado de Renania del Norte-Westfalia, ésta es la novela más importante de Markus Orths, uno de los mejores autores de la nueva generación de las letras alemanas. *La sala de profesores* es un relato sorprendente sobre el controvertido tema de la educación, una historia aparentemente fantástica que, sin embargo, a menudo, recuerda demasiado a la realidad: «Una sátira con toques de George Orwell», *Buchmarkt*; «Kafka en la escuela», *Südkurier*.

Markus Orths

La sala de profesores

ePub r1.0
Titivillus 25.03.2024

Título original: *Lehrerzimmer*
Markus Orths, 2003
Traducción: María José Díez Pérez
Diseño de cubierta: Basado en una idea de Klaus Schöffling

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice

PRÓLOGO

Llevo tres semanas sin salir de casa por miedo a perderme la llamada. He prohibido a todos los que me conocen que me llamen. No hay nada tan importante, he dicho, que no pueda esperar hasta después de la llamada. Cuando sonó el teléfono la primera semana, por la mañana temprano, me encontraba en la ducha. Salí disparado, sin descorrer la cortina, a punto estuve de resbalar, y llegué a tiempo al teléfono, justo antes de que saltara el contestador. Sólo entendí una palabra: «Encuesta», y colgué con fuerza el auricular. Temblando de nerviosismo, desnudo y chorreando, me senté en el sofá. En adelante renuncié a ducharme por la mañana. Le pedí a un vecino que me comprara un teléfono inalámbrico. A las cuatro de la mañana, una hora a la que era prácticamente imposible que recibiera la llamada, quité el teléfono viejo y enchufé el nuevo. A continuación até una cuerda al aparato y me lo colgué del cuello. Así, pensé, ya nada irá mal. Pedía diariamente la comida a un restaurante, y con el teléfono al cuello podía ir a abrirle la puerta al repartidor con tranquilidad. Luego me sentaba en casa a esperar. Ponía el volumen del televisor lo más bajo posible; no estaba lo bastante calmado para leer. Empecé a fumar. Por lo general a las cuatro de la mañana descolgaba brevemente para comprobar si la línea seguía intacta y sólo cuando oía el tono pensaba en dormir. Solía recordar las espeluznantes historias que se contaban de las pocas personas que *no habían estado* cuando se produjo la llamada: una irresponsabilidad temeraria para con su persona y su propia vida. Decían que uno incluso se había ido de vacaciones cuando se produjo la llamada; otro había cogido la llamada, pero un sábado a las diez de la noche, y, a todas luces alguien que ya no era dueño de sí mismo, había

contestado con total seriedad que no era el momento, que era fin de semana y tenía otros planes, que hicieran el favor de volver a llamar el lunes, y la clase entera prorrumpió en una carcajada incontenible cuando el coordinador contó la historia. Yo imaginaba lo que pasaría si me perdía la llamada: vivir bajo los puentes, pasar las noches en un albergue, desesperación, miedo, frío. Pero agarrar el teléfono que llevaba colgando en el pecho me tranquilizaba, no tenía nada que reprocharme, yo *sí* estaba, siempre, a todas horas excepto ese segundo a las cuatro de la mañana. Durante esas semanas me abandoné, dejé de afeitarme, tan sólo me echaba algo de agua en la cara por la mañana, me salieron ojeras porque dormía demasiado poco y deambulaba por la casa. Y al cabo de tres semanas, cuando por fin sonó el teléfono, me llevé tal susto que no fui capaz de reaccionar a la primera. Cuando sonó por segunda vez agarré el aparato, pero comprobé que la cuerda que llevaba al cuello era demasiado corta; primero hube de quitarme el cordel como si de una cadena se tratase antes de poder darle a la tecla, y se me pasó la tercera vez porque al hacerlo me enredé con él, pero entonces ya tenía el teléfono pegado a la oreja y grazné: ¿Sí? Era mi madre. Me quedé estupefacto. Me contó no sé qué que no se me quedó y al cabo de unos segundos la interrumpí. ¿Acaso se había vuelto loca?, grité. ¿Cómo podía llamarme a esa hora, a las diez y veinte? ¿Es que no sabía que a esa hora era cuando mayor probabilidad había de que se produjera la llamada? ¿Es que no sabía en qué momento me encontraba? Me la quité de encima. Habían transcurrido veinte segundos. ¿Y si, pensé, el coordinador había llamado al mismo tiempo que mi madre? ¿Durante esos veinte segundos? ¿Y si, pensé, al oír que comunicaba había colgado en el acto y llamado al siguiente candidato de la lista? Maldije mi lentitud. Me dije que debí cortar la comunicación de inmediato, de raíz, nada más oír las primeras palabras de mi madre, nada más oírle decir «soy yo» debí pulsar la tecla y dejar libre el teléfono, pero no, me dejé arrastrar por esa comunicación sin sentido y perdí un tiempo precioso. Sin embargo ahora sabía lo que tenía que hacer. Pensé: no debo dejarme sorprender, he de calmarme, concentrarme más. Corté una cuerda nueva, más larga, que me permitiera coger el teléfono con mayor facilidad. En adelante decidí pasar varias horas al día meditando para poder atender la llamada

con la debida tranquilidad. Siempre que me era posible llevaba cogido el teléfono con la mano derecha para no dejar pasar segundos en vano cuando sonara. Escribí una nota bien grande que dejé sobre la mesa del salón: «No coger ninguna llamada —ponía—, salvo *la* llamada.» Y ésta me llegó el 20 de agosto a las diecisiete horas y veinticuatro minutos. Estaba sentado ante el televisor y mantuve la calma. Siguiendo un procedimiento ensayado durante horas, me saqué el teléfono del cuello, dije mi nombre y, al oír las palabras «Delegación de Educación», dejé el sofá y caí de rodillas.

1

Atravesé el paso subterráneo, vi azulejos de un blanco reluciente, gotas de agua, un anciano tocaba el acordeón y cantaba una canción sobre la patria, me paré un momento y le eché una moneda en el sombrero tirolés. Después subí al puente, crucé el pequeño río llamado Fils, seguí por la calle Johnstrasse, motores de coches, suciedad, un aire que costaba respirar. En el restaurante Frühlingstau un camarero disponía sombrillas. Giré a la derecha: el centro. Entré en secretaría y dije que quería hablar con el director. Tenía una cita a las once, añadí. El director, me respondieron, estaba en una reunión. Mientras esperaba examiné el mostrador de secretaría y las fotos de la pared: profesores con correas alrededor del cuello, en primer plano dos hombres, uno gordo y el otro alto, que sostenían las correas en las manos, en la cabeza una gorra que ponía Delegación de Educación. Al poco fui llamado al despacho del director. El director señaló una silla que tenía enfrente y tomé asiento. Él era, dijo, el hombre que elaboraría mi evaluación. ¿Qué evaluación?, pregunté educadamente. Repuso que la evaluación que se efectuaba a finales de año, a finales de todos los años, y de la que él, el director, se ocupaba personalmente. La evaluación, explicó, decidía la suerte de mi carrera. Era una insensatez, afirmó, que yo no supiera lo que significaba la evaluación, la evaluación, dijo, era lo más importante para los profesores, la evaluación era lo único que les importaba, para ellos ninguna otra cosa era importante. Estaría al tanto de todos mis pasos, agregó, nada, dijo, se le escaparía, cuando finalizara el año escolar lo sabría todo y era su obligación formarse una idea especialmente precisa de los recién llegados en particular. Yo asentí sin moverme. ¿Por qué, me preguntaba el director ahora, mientras me escudriñaba, por qué no

vivía en Göppingen? Respondí que hasta la fecha no había tenido ocasión de hacerlo, «no había tenido ocasión», me interrumpió el director, qué significaba eso de que no había tenido ocasión, eso era inadmisible, ya hacía dos semanas que se me había notificado que debía acudir allí, a Göppingen, al ERG, eso de que no había tenido ocasión, aseguró, era todo menos un buen comienzo. ¿Cuándo, inquirió, tenía pensado trasladarme? Lo antes posible, contesté, y me apresuré a añadir que era perfectamente consciente de que trabajar en un sitio y vivir en otro no era lo más indicado, «naturalmente», me interrumpió el director, eso era inamovible, sobre ese particular no iba a cambiar de opinión, todo el que trabajaba allí debía vivir allí, todos sus profesores vivían en Göppingen, él personalmente se había ocupado de que todos sus profesores vivieran en Göppingen y resultaba ineludible que también yo viviese en Göppingen si quería trabajar allí, bajo sus órdenes, además Göppingen, dijo, era una bonita ciudad. Sí, respondí, naturalmente me esforzaría por encontrar piso lo antes posible para subsanar el error de no vivir en Göppingen, sin embargo «para eso», dijo el director, era demasiado tarde, por así decirlo ya lo había hecho constar en la evaluación, ya veía mentalmente la evaluación delante, al incorporarme al puesto yo, el profesor en prácticas Kranich, no tenía una vivienda oportuna en el lugar de trabajo, más aún, al incorporarse al puesto el profesor en prácticas Kranich no había sido consciente de la trascendencia de la evaluación que efectuaba el director. Durante su explicación yo intenté dirigirle una mirada sumisa, pero no lo conseguí, tanto movía el director la cabeza a un lado y a otro mientras hablaba, y ahora guardaba silencio y echaba una ojeada a la solicitud. Yo no había especificado ningún grupo, dijo. ¿Qué grupo?, pregunté. El grupo del que quería responsabilizarme. Yo pensaba, dije, que al ser recién llegado tal vez, «no faltaría más», me cortó él, precisamente por ser un profesor joven era mi obligación hacerme cargo de un grupo, pues empezaba bien la cosa, nada más comenzar ya quería sustraerme a la tarea más difícil, ningún grupo, dijo, y anotó algo en su bloc; al hacerlo se le rompió la punta del lapicero, cogió un sacapuntas, le sacó punta al lápiz, agarró el bloc, sobre el que se encontraban las virutas, lo llevó hasta la papelera, se deshizo de las virutas, a continuación sopló lo que quedaba en el bloc, lo dejó a su

lado, miró de nuevo la hoja, leyó lo que había escrito, arrancó la hoja y la depositó en una de las bandejas que tenía a su izquierda antes de volver a dirigirse a mí. Quería ser totalmente franco conmigo, dijo. Con todo lo que había pasado ya, me aconsejaba dejarlo. Antes de empezar. Antes de subirme al tren de la docencia debía dar media vuelta, marcharme, dedicarme a otra cosa, lo que fuera, excepto a la docencia. El día anterior había visto un vídeo de las clases que yo había dado durante el período de prácticas, espeluznante, afirmó, aterrador, de todo punto inapropiado, a todas luces un profesor inútil, la técnica de preguntas y respuestas, aseveró, increíble, dicha técnica era inexistente, toda la clase sin una técnica de preguntas y respuestas reconocible, dicha técnica, dijo, era lo que distinguía a un buen profesor, la técnica de preguntas y respuestas lo era todo. Al fin y al cabo se trataba de llevar a los alumnos al terreno de uno, apretarles las clavijas con las preguntas de tal modo que finalmente sólo quedara la respuesta adecuada, la «solución». Sólo entonces se podía recompensar al primer alumno que hubiese caído en la trampa. ¿Acaso no había oído yo nunca las conversaciones que mantenían los alumnos después de un trabajo? En dichas conversaciones todo giraba en torno a descubrir lo que el profesor «quería escuchar», todo giraba en torno a la denominada «solución esperada». No, se podía decir que la de profesor sin duda no era la profesión apropiada para mí, prosiguió el director, mis preguntas habían sido demasiado abiertas, en todos los sentidos, ese silencio, de casi un minuto, una pregunta, un minuto de silencio, ineficaz, no servía de nada, se veía, imposible no darse cuenta. Los alumnos querían preguntas «claras», querían ayuda, que les tendieran la mano, y querían sacar de la cabeza del profesor todo cuanto éste había metido en ella durante las horas preparatorias, querían vaciar, por así decirlo, la cabeza del profesor y leer en la pizarra todo lo preparado, lo seguro, lo infalible para copiarlo, empaparse de ello y llevárselo a casa en sus cuadernos. Tosió un rato, se tranquilizó y, mientras guardaba silencio, me apresuré a asegurarle que naturalmente estaba dispuesto a hacerme cargo de un grupo, que tan sólo había olvidado marcar la casilla correspondiente, y le pedí que me diera otra oportunidad. Él rechazó mis palabras con un movimiento de la mano y dijo que claro, claro que tendría mi oportunidad si insistía

en ello, que sólo pretendía ser franco conmigo. El director anotó, después de sonarse, dos cruces en la ficha de datos personales, «dos» grupos, dijo, me daría dos grupos para que supiera desde el principio por dónde iban los tiros, y yo respondí que dos grupos, por descontado.

2

Ahora, prosiguió el director, como hacía en todas las entrevistas de trabajo, quería iniciarme en los secretos de la vida escolar, sin omitir nada, quería hacerme saber de forma despiadada, por así decirlo, lo que me esperaba. Se podían distinguir cuatro pilares, aseguró, en los que se basaba todo el sistema educativo: dichos pilares eran el miedo, los lamentos, la farsa y la mentira. La mentira, dijo sin preámbulos, y eso era algo que yo había de interiorizar, era la quintaesencia del centro. Allí, en el centro, todos mentían. Y el primero de todos él, el director. Nada de lo que decía tenía por qué ceñirse forzosamente a la verdad, nunca, aseguró, podía estar yo seguro de que cumpliría sus promesas. Una promesa hecha por él no era una promesa en el sentido estricto de la palabra, a menudo los profesores acudían arrastrándose a su despacho y le suplicaban mirándolo a los ojos: ¡Pero si lo prometió! Sin embargo él, el director, por regla general martirizaba con un ya famoso juego de palabras al pobre profesor, que seguía en el suelo del despacho, recurría al doble sentido de la palabra *prometer* y hacía como si tal cosa. Las mejillas del director se inflaron. ¿Lo seguía?, preguntó. Asentí. Y yo sólo podría sobrevivir, continuó el director, si me adhería al sistema de mentiras que era habitual allí. Poniendo por caso que una mañana no tuviese ganas de aparecer por clase, pero físicamente estuviera en condiciones de hacerlo, ¿qué haría? Iría, desde luego, respondí. Muy bien, dijo el director, aprendía deprisa: la primera mentira. No, me corrigió, llamaría y diría que no me encontraba bien. Pero él, que se hallaba al otro extremo del teléfono, sabría a ciencia cierta que yo no decía la verdad. No obstante eso no le suponía ningún problema. Vería otras cualidades en el hecho de que no dijese la verdad. Vería la buena

voluntad que ponía, la buena voluntad de plegarme al sistema, mi disposición a seguir el juego. Pero ay de mí, dijo, si me atenía a la verdad. La verdad era una afrenta abierta, una revolución, un bofetón en su cara, la del director. En caso de vérselas con la verdad tendría que tomar las más duras medidas. ¿Fumaba?, me preguntó a continuación. Con una mirada rápida recorrí el escritorio, no vi cenicero alguno y repuse que no. Entonces el director se puso a olisquear con recelo y dijo que sin embargo a él le olía a humo. Seguro que era, contesté, porque en el tren sólo quedaba un asiento libre en el compartimento de fumadores. Entonces ¿no fuma?, inquirió el director. No, le respondí. Estupendo, porque no quería fumadores, odiaba a los fumadores. No obstante había tenido que montar un rincón para fumadores, en su centro. Lo había situado, oportunamente, junto a los contenedores de basura, pero ninguno de los profesores que fumaban se había quejado aún de la proximidad de los malolientes contenedores. Los profesores lo consentían todo. Sí, incluso habían llegado a aplicar torturas con regularidad para averiguar lo que era capaz de aguantar un profesor. Dichas torturas se aplicaban allí, en el ERG, los miércoles a sexta hora. Todos estaban obligados a presenciar las torturas. A las torturas se las denominaba reuniones. Nada de lo que él, el director, decía en una reunión tenía sentido alguno, pero a pesar de todo los profesores tenían la obligación de hacer como si sí lo tuviera. Por ejemplo las famosas deliberaciones que acababan como habían empezado. En los cursos de formación de directores se concedía especial importancia al arte del debate circular. Él, el director, llevaba mucho tiempo puliendo su técnica de debate circular. A este respecto la regla más importante era bastante simple: terminar como se empezó. Al final del debate uno se encontraba exactamente como al principio, es decir, confuso. Lo cierto es que los profesores deberían rebelarse y decir lo que pensaban: que no había cambiado nada. Pero preferían morir, los profesores, a abrir la boca, porque todos querían irse a casa, lo único que les importaba era terminar con el debate circular lo antes posible. Y en un momento dado uno de ellos levantaba ambas manos; yo debía saber que quien levantaba ambas manos no quería decir ninguna nimiedad al uso, no, para eso sólo era preciso levantar una mano, pero el que levantaba ambas manos «presentaba

una moción de procedimiento», la mayoría de las veces a eso de las trece horas treinta minutos, ahí, atención, dos manos, el señor Safft, una moción de procedimiento, ¿no? Y el señor Safft: si no podían votar la finalización del debate. Si se presentaba una moción de procedimiento era preciso interrumpir lo que se estaba diciendo, terminar el debate en mitad de una frase para escuchar la moción. No había alternativa, una vez solicitada una moción de procedimiento había que obedecer dicha moción a no ser que justo después de la primera moción de procedimiento un colega presentara otra moción de procedimiento para votar si se debía rechazar la primera moción de procedimiento, lo cual podía a su vez acarrear una nueva moción, etcétera. Pero la mayoría de las veces los profesores estaban encantados de que uno de ellos hubiese presentado la denominada moción de guillotina, sí, suspiraban aliviados, el final del debate circular se aproximaba, votaban gustosos, resultado:

57 contra 12,

el debate había terminado. El director hizo una pausa para tomar aliento, se puso en pie y retiró una mota de polvo de la hoja de una planta sin flores. Luego se acercó a la galería de retratos de sus predecesores, el último de la fila era su propio retrato, ante el cual se detuvo y, como si se hallase ante un espejo, se apartó el cabello de la frente. Después volvió a sentarse y continuó. Las reuniones sólo eran uno de los numerosos suplicios ideados por la Delegación de Educación a que se veían sometidos los profesores; otro eran las denominadas visitas, en las cuales policías de la Delegación presenciaban la clase de un profesor concreto y no paraban de criticar cuanto veían: si el profesor había intercalado un trabajo en grupo en la clase, se echaba en falta la personalidad del profesor; si por el contrario el profesor aplicaba el principio de la clase magistral, la clase se centraba demasiado en el profesor. Si el profesor fotocopiaba un texto para la clase, el texto estaba mal elegido; si el texto se hallaba en el libro de texto, estaba mal empleado. Si se utilizaba una transparencia, no era el momento adecuado; si se servía del encerado, decían: ¿por qué no una transparencia? No había salvación, dijo el director, no había forma de escapar a las torturas de la evaluación y la arbitrariedad. Y, con el tiempo, esas torturas habían engendrado miedo, a esas alturas el

pilar más importante del sistema, un miedo que ahora se cernía sobre todos ellos, la reina de los flagelos por así decir, la fuerza interior del sistema entero. Se refería no sólo al miedo que inspiraban a los profesores la Delegación, el director, los alumnos, los padres, también se refería al miedo que inspiraban a los alumnos el director, los padres, los profesores y al miedo que inspiraban al director los padres y la Delegación, así como al miedo que inspiraban a la Delegación los funcionarios del ministerio, al miedo que inspiraba a los funcionarios del ministerio el ministro de Educación y Ciencia, al miedo que inspiraba al ministro de Educación y Ciencia el presidente del Gobierno y al miedo que inspiraban al presidente del Gobierno los votantes, más aún los posibles abstencionistas, es decir, los padres, representados en la asociación de padres de alumnos: el miedo era el aglutinante que lo unía todo. Con el tiempo el miedo había acabado formando parte de la naturaleza de los profesores, razón por la cual se había hecho necesaria una válvula de escape, el miedo se liberaba mediante la expulsión de incesantes lamentos, el tercer pilar. Y el principal lamento era: ¡Qué malos eran los alumnos! No sabían quién era De Gaulle, ni qué significó Vichy, es más, ni siquiera sabían qué sucedió el 1.09.39, escribían Hitler con dos tes, desconocían cuánto había durado la segunda guerra mundial, es más, ni siquiera sabían que había habido una *primera* guerra mundial, uno podía darse con un canto en los dientes si no escribían *gerra* en lugar de guerra. Y luego estaban las correcciones. Uno se pasaba sentado un fin de semana tras otro, inglés avanzado, un alumno había empleado una expresión que uno sabía de sobra que ningún inglés emplearía jamás, eso se lo decía a uno claramente la intuición, pero no, uno no podía fiarse nunca únicamente de la intuición, siempre había que descartar todas las posibilidades; y no bastaba con consultar el Langenscheidt, no, en el Langenscheidt no venía nada. ¿Quizá en el Oxford? No. ¿En el Collins? Así que había que desplazarse hasta la biblioteca de Stuttgart y buscar en el Harper, que tenía diez tomos, y ahí, sí, ahí estaba la expresión que había utilizado el alumno, arcaica, cierto, pero en algún momento del siglo XIV algún anglohablante la había utilizado, y, por tanto, no se le podía señalar como falta al alumno, tan sólo se podía subrayar la expresión. De manera que debía pensarme muy mucho, dijo el director mientras

miraba el reloj y se ponía en pie, si quería unir mi voz al coro interminable de lamentos del profesorado. Ya no disponía de más tiempo para aleccionarme en el cuarto pilar del centro, la farsa, el hecho de que todo el que vivía y trabajaba allí fingía, en ese preciso instante también él estaba fingiendo que no disponía de más tiempo, cuando en realidad tenía todo el tiempo del mundo, decía que estaba esperando una llamada, cuando en realidad sólo quería dormitar una horita en su sillón; todos allí fingían, dijo, fingían ser buenos profesores, fingían ser alumnos con interés. Sin embargo, si todos fingían en todo momento ya no había diferencia alguna entre el fingimiento y la realidad, pero ésa era una cuestión filosófica espinosa que ya trataría conmigo en otra ocasión, y si yo no tenía más preguntas ahora debía fingir que había entendido lo que él me había dicho y presentarme puntualmente el 15 de septiembre para incorporarme a mi puesto, allí, ante él, en su despacho, con los otros cuatro candidatos. A continuación me dio la mano, se sentó y dejó de prestarme atención. Yo pasé por delante de las secretarias, que me saludaron amablemente, casi compadeciéndome, me pareció, ya que la puerta había permanecido abierta todo el tiempo y habían tenido que oírlo todo por fuerza. Salí al pasillo y por primera vez percibí ese olor, una mezcla de madera y linóleo, hormigón frío, pintura, tufo a plantas, algo de sudor. Eché a andar por el pasillo despacio, bajé la escalera, pasé por delante de la máquina expendedora de bebidas, abrí la puerta de cristal y salí al rincón de fumadores, pegado a los contenedores gris perla. Ante el restaurante Frühlingstau había mesas y unas sombrillas bajo las que se acumulaban el polvo y la suciedad de la calle. El camarero, con un delantal blanco, canoso, barba de tres días, dientes torcidos, espigado, dejó un plato de cordero asado en la mesa por la que yo pasaba y les dijo a los comensales: «El silencio de los corderos.»

3

Me encontraba en Göppingen mucho antes de que comenzara el primer claustro de profesores, el denominado claustro de inauguración del curso académico, había cogido un tren a primera hora y estaba fumando en la estación. Llevaba subido el cuello de la chaqueta y de cuando en cuando echaba un vistazo a mi alrededor. En el paso subterráneo volví a toparme con el acordeonista. Me sorprendió que estuviese allí tan temprano y, como yo aún tenía algo de tiempo, lo abordé. Tenía la dentadura mal y no se le entendía del todo lo que decía, además yo estaba tan preocupado por lo que se me venía encima en las próximas horas que no era capaz de seguirlo con la concentración necesaria. Pensaba en la primera hora de clase, ese mismo día, en 11.º B. Había aprovechado al máximo las dos últimas semanas y me había hecho con el clasificador Raabits y todos los libros de inglés y los CD, así como con el material de las editoriales Klett, Hueber y Cornelsen, que se utilizaban en 11.º curso; con todo ello elaboré una programación detallada y en casa archivé debidamente en el clasificador la primera unidad completa de trece horas lectivas, además del correspondiente examen y las respuestas. Eso me tranquilizó, me dio algo de la seguridad que necesitaba para resistir el primer día de clase. Y para la primera hora, la hora del curso más importante con diferencia, la hora que, como me habían dicho, se quedaría grabada a fuego en la cabeza de los alumnos y decidiría en qué categoría de profesores me incluirían en el futuro, para esa hora había trabajado como un negro todo un fin de semana, había incorporado cuatro métodos distintos y creado una nueva introducción que habría podido medirse con la de cualquier evaluación práctica. Le eché algo de dinero en el gorro al del

acordeón y me fui. Apenas había podido dormir esa noche, y mi reflejo en el cristal de la puerta de entrada me dijo que tenía muy mala cara. Del garaje subterráneo salió un hombre mayor cartera en mano, la cara un tanto larga, me saludó brevemente con la cabeza y ya me había dejado atrás cuando se giró y me preguntó con apatía: ¿Primer día de clase? Asentí. Cruzamos la puerta juntos. Subimos la escalera a la par. Krämer, dijo, titular; Kranich, repuse yo, en prácticas. Me quedan siete semanas, comentó. Yo le dirigí una mirada inquisitiva, pero él se limitó a clavar la vista en el siguiente escalón.

La secretaría quedaba exactamente entre el despacho del director y el del subdirector. Señor Kranich, me recibió la primera secretaria, me alegro de que haya llegado tan pronto, vaya a ver de inmediato al subdirector. Llamé a la puerta, el señor Bassel me dijo que entrara, me señaló una silla y me senté. No llevo ni diez minutos en el despacho, gruñó Bassel, y ya llama el primero para decir que no viene. En toda la semana. ¡Resfriado! ¡Cómo si eso fuese un motivo para faltar! ¡Y la semana entera, ni más ni menos! ¿Cómo es que sabe ya —exclamó Bassel— lo que va a durar el resfriado? Kranich, le daré un buen consejo de entrada: no se ponga enfermo. Y si alguna vez se pone, venga aunque sea a rastras. Un profesor enfermo es mejor que uno que no viene. Faltar a clase, dijo Bassel, y torció el gesto. ¿Sabe cuánto tiempo pierdo diariamente organizando el servicio de guardia? Una vez, continuó Bassel, una única vez en toda mi carrera como subdirector he puesto una nota en el tablón de anuncios en la que no hubiese ninguna incidencia, ninguna, nadie enfermo, nadie de vacaciones por algún motivo especial, nadie en ninguno de esos largos cursos de formación que alientan a faltar a clase y encima no sirven para nada, estaban todos, todos, fue el 17 de octubre de 1991, lo recuerdo como si fuera hoy, todavía conservo la nota, tiene que estar por alguna parte, me gustaría enseñársela, en realidad no es más que una hoja en blanco, sin nada, en fin, Kranich, hemos de darnos prisa, ya se la enseñaré en otra ocasión. Lo que en realidad quería decirle, Kranich, es lo siguiente: usted mismo es ya víctima sin saberlo de estos sujetos enfermos. El señor Beuten estará fuera de combate durante los próximos seis meses, hernia discal, ridículo, como si no se pudiera dar clase sentado, estando como está el centro adaptado

a personas con sillas de ruedas. Pero los médicos, esa panda de delincuentes, le dan la baja por enfermedad. Y la Delegación ha enviado a un sustituto con la combinación de asignaturas que no es. Me he visto obligado a modificar el horario, y usted, Kranich, ya no tiene 11.º B, sino que le ha tocado 10.º D. Que conste que es un honor, pues ahí va el hijo del director, ni más ni menos, y a la clase del hijo del director sólo van los mejores profesores, en su caso eso aún está por ver, la verdad es que el director no parece tener muy buena opinión de usted, pero bueno, a lo que voy, 10.º D en lugar de 11.º B, la primera hora es hoy mismo, libro de texto Klett, primera lengua extranjera, diecinueve alumnos, sólo los mejores, siete de ellos son bilingües, se percatarán de los errores que cometa, cometer más de dos errores por hora repercutirá negativamente en su evaluación, pero esto que quede entre paréntesis, a lo que voy es que esto no debería suponerle ningún problema, 10.º curso en lugar de 11.º, es un buen curso, se puede dar con un canto en los dientes, Kranich. ¿Alguna pregunta? ¿No? Pues que le vaya bien. Pregunté en secretaría por el libro de texto para 10.º y la secretaria dijo que fuera a la biblioteca de los profesores, asentí, salí de secretaría y fui en dirección a la sala de profesores.

Sería la única vez en esa semana que la puerta de la sala de profesores estaría abierta, hecho este que se debía a que en la sala entraban profesores incansables y de la sala salían profesores. Hasta el pasillo llegaban toda clase de gritos. Cerré un instante los ojos, respiré hondo y, justo cuando me disponía a entrar, choqué con uno de los profesores. Ah, qué bien, dijo, y me arrastró al pasillo, usted es uno de los nuevos, si tiene un minuto, me llamo Linnemann, funcionario, la fotocopiadora está a punto de quedarse sin papel, increíble, el primer día de clase y ya no hay papel, venga, tenemos que bajar al sótano, es usted muy amable al acompañarme, ¿cómo se llama usted? No tengo mucha memoria para los nombres, ¿sabe?, pero dígamelo de todas formas.

Yo: Kranich.

Linnemann: ¿Asignaturas?

Yo: Inglés, alemán.

Linnemann: ¿Curso superior?

Yo: Sí, 11.º, no, sólo un 10.º, bueno en realidad dos 10.º ahora, con el 10.º de inglés.

Linnemann, enseñando los dientes: A estas alturas ya debería saber qué grupos tiene, Kranich.

Yo: Bueno, es que acabo de…

Linnemann: Entonces ¿qué 10.º es?

Yo: 10.º D.

Linnemann: Lo que faltaba.

Yo: ¿Cómo dice?

Linnemann: ¿Sabe quién está en esa clase?

Yo: ¿El hijo del director?

Linnemann: Höllinger, Horst.

Yo: ¿Horst?

Linnemann: Ya tiene a dos de los nuestros sobre su conciencia.

Subimos cargados de papel para la fotocopiadora, vamos, dijo Linnemann, empezamos dentro de cinco minutos, tenemos que darnos prisa; entré con los paquetes de folios en la sala de profesores y no pude fijarme en los profesores que tenía a derecha e izquierda y delante y detrás, me limité a seguir a Linnemann, por aquí, me dijo, ahí está, atascada, se oyó una voz que salía de la fotocopiadora, quedan tres minutos y medio, exclamó alguien, usted debe de ser el señor Kranich, me dijo una mujer, me llamo Klüting; el papel cada vez me pesaba más, había perdido de vista a Linnemann, jefa del departamento de inglés, informó la señora Klüting, mañana tenemos una reunión en la que se tratará si debemos seguir sometiéndonos a la dictadura de Klett o si el próximo año utilizaremos de una dichosa vez el libro de Cornelsen, supongo que le resultará interesante, al fin y al cabo usted es profesor de inglés, pero ¿qué hace ahí parado con el papel? Sievers, geografía, educación física, ésa es *mi* mesa, no puede dejar el papel ahí sin más, aquí, oí decir a Linnemann, cogí el papel y saludé al señor Sievers con una inclinación de cabeza, lo siento, me disculpé, y pretendía dirigirme nuevamente a Klüting, pero en ese mismo instante un profesor se abalanzó hacia ella, Gisela, exclamó, Gisela, te he dicho mil veces que 8.° C no, te lo he dicho, 8.° C no, todo menos 8.° C, y ¿qué es lo que tengo?: 8.° C, lo sentía, respondió Gisela Klüting, pero tenía las manos atadas, qué remedio, si la orden venía de arriba, dígame, me gritó alguien en la oreja, ¿ha visto los pisteros? Siempre están aquí, en el armario, sacudí la cabeza, a las seis y veinticinco, chilló alguien a mi lado, es que es

increíble, a las seis y veinticinco, me llama una madre, esta mañana, para excusar a su hijo, bronquitis, a las seis y veinticinco, imagínate, y me llama precisamente *a mí*, ni a la secretaría ni a Bassel ni a Höllinger, no, a mí, fue *el año pasado*, dijo otra voz, antes de la reunión de evaluación, va uno y me dice, señora Straub, en lugar de un deficiente póngale un suficiente, y yo digo, ni hablar, es un deficiente, señora Straub, insiste él, póngale un suficiente, se trata de Schiedle, Philipp, el hijo de Schiedle, Heribert, no se merece menos de un suficiente, yo digo, no puedo volver a corregir todos los exámenes, no, dice él, es verdad, pero en el oral, dice, seguro que tenía un notable, Philipp, no, digo yo, tenía un muy deficiente, no ha abierto la boca, en todo el curso, por última vez, dice, póngale un suficiente en vez de un deficiente, ¡marxismo!, exclama otro profesor, que salga de una vez del plan de estudios, ya va siendo hora, fuera con él, fuera con el mamotreto de Marx y Engels, no es de esta asignatura, dice alguien a mi lado, quién soy yo, por cierto, qué he estudiado —mates, física— y de qué voy a dar clase música—, todos los años lo mismo, pero bueno, si es lo que quiere, qué se le va a hacer, ahora, que una cosa os digo, de cantar nada, que calculen la superficie de los discos o dibujen notas con el compás, pero de cantar nada, ya os lo digo. Por fin conseguí llegar hasta Linnemann y dejé el papel en el armarito que había junto a la fotocopiadora. Se lo agradezco, dijo Linnemann. De pronto se hizo el silencio. «El jefe», musitó una mujer joven que estaba apoyada en la pared con un clasificador apretado contra el pecho. Entró Höllinger.

4

En nombre de la ministra de Educación y Ciencia, del presidente de la Delegación y de la Consejería de Educación, él, Höllinger, quería dar la bienvenida de todo corazón a los colegas allí reunidos con motivo del primer claustro de profesores del nuevo año escolar, que quedaba así inaugurado. Como podía verse en la hoja con los puntos del orden del día que se había repartido, el punto número uno tenía que ver con la seguridad; el punto número dos, con la presentación de los nuevos colegas; el punto número tres, que versaba sobre la creatividad, se trataría una vez finalizadas las clases, es decir, después de la quinta hora, a las doce y quince. Pero antes de que se enfrascaran en un intercambio provechoso, él, Höllinger, estimaba que era su obligación empezar pidiendo perdón a los nuevos colegas por no poner a su disposición una mesa de trabajo, pero lo cierto era que se estaba gestionando una ampliación del centro, y mientras el ayuntamiento no diera luz verde, había que contentarse con el escaso espacio que tenía uno, cosa que él, Höllinger, lamentaba sobremanera, pero al fin y al cabo no era él quien había construido el centro y no era culpa suya que su despacho fuese tan grande como la sala de profesores. No obstante los nuevos profesores podían subir una silla del sótano y acomodarse ante las estanterías de la biblioteca, algunas de las cuales habían sido despejadas a tal efecto. Höllinger hizo una pausa, observó la hoja que recogía los puntos del orden del día, se paró a pensar un instante y, acto seguido, se inclinó hacia el subdirector, ambos cambiaron unas palabras, el subdirector asintió y Höllinger dijo que, ya que estaban con los nuevos colegas, acababa de decidir en *petit comité* con la dirección adelantar el punto número dos, que se ocupaba, como podía verse, de la presentación de los susodichos

nuevos colegas, y pedía que se hiciera constar en el acta de claustro la modificación del orden de los puntos. A continuación Höllinger mencionó a los profesores en prácticas de menor grado, que todavía no se hallaban presentes porque pasaban las primeras semanas en el seminario; eran tres, dijo, dos de ellos mujeres. A los profesores en prácticas de mayor grado, prosiguió, les daba la bienvenida de todo corazón, empezando por el señor Kracht, un —en palabras de Höllinger— natural de Göppingen de pura cepa; se alegraba especialmente de que, en adelante, un oriundo de Göppingen pasara a formar parte del cuerpo docente, alguien que no sólo no había abandonado jamás la ciudad y seguía viviendo en ella, a tan sólo dos minutos y medio a pie del ERG, no, alguien que además, de ello él, Höllinger, estaba convencido, con su carácter de Göppingen, sí, se atrevería a decir, su alma de Göppingen, contribuiría a mejorar considerablemente el ambiente del centro, y podía decir desde ya que él, Höllinger, haría cuanto estuviera en su mano para que, cuando finalizara ese año escolar, el natural de Göppingen permaneciera en el centro. Él, Höllinger, cuando miraba el expediente del señor Kracht, tenía que quitarse el sombrero con profundo respeto ante sus méritos. Kracht había obtenido unas notas sobresalientes el primer año, una excelente evaluación por parte de su predecesor, el de Höllinger, y por lo que veía Kracht sólo había cometido un error a lo largo de toda su carrera. Los profesores escucharon con atención cuando Höllinger dijo que, tiempo atrás, Kracht se había equivocado al elegir instituto en Göppingen, pues no había estudiado el bachillerato en el ERG, sino en el KNOGY. Los profesores soltaron una risita queda y cortés, y Höllinger se retrepó en su silla. Después presentó a los demás recién llegados. Las notas de Kranich, aseguró, eran más bien flojas, éste debía agradecer su incorporación a la docencia únicamente al Parlamento que había salido elegido ese año en el Estado, que, como de costumbre, había sacado más plazas para tener contentos a los votantes. Por lo demás, sin embargo, todo apuntaba a que los tiempos de vacas gordas tocaban a su fin, los tiempos que a él, Höllinger, sólo le proporcionaban profesores en prácticas de sobresaliente y, peor aún, todo parecía indicar que se avecinaban años en los que habría que asumir lo que viniera, es decir, una falta de profesores, en definitiva lo que quería decir es que no era culpa

suya, no era él el responsable de que la calidad de sus colegas cada vez fuera a peor, de él no dependía, él tenía que someterse a la Delegación.

Ahora, continuó Höllinger, quería llegar al punto del orden del día que se había saltado, la seguridad, y empezaría recordando el incidente acaecido el invierno del año anterior, cuando, durante un recreo, a un alumno le habían robado dinero de un aula que no estaba cerrada con llave, lo cual había suscitado una legítima protesta por parte de los padres ante la Delegación de Educación, después de lo cual él, Höllinger, conjuntamente con la dirección, había tomado una determinación, según la que a partir de ese momento durante los recreos todas las aulas del centro se cerrarían debidamente con llave, labor que desempeñaría el profesor que diera clase en el aula en cuestión antes del recreo. En adelante, dicho profesor, de conformidad con la decisión tomada por la dirección, habría de esperar a que todos los alumnos hubiesen salido de clase para a continuación echar la llave como correspondía. Él, Höllinger, quería que el claustro refrendara dicha decisión. Y si alguno de los profesores presentes tenía algo que objetar contra la decisión, lo cual sin duda no sería el caso, que lo dijera en ese momento. Tres votos en contra, contó Höllinger, y resopló un tanto, el señor Jensen, claro, la señora Bechtold, el señor Renner, muy bien. Después Höllinger volvió a dirigirse al cuerpo docente y dijo que veía que la mayoría había tomado la decisión adecuada, de manera que en adelante sería la decisión del profesorado la que tendríamos que adoptar conjuntamente, todo el mundo habría de atenerse a esa decisión, sólo así nosotros, el ERG, estaríamos en situación de mantener una seguridad mínima, pues sólo garantizando la seguridad de nuestro alumnado podía instalarse la confianza, la confianza de que en el futuro los padres siguieran dejando a sus hijos en nuestras manos, y el único modo de garantizar la seguridad era preocupándonos de que no volviera a producirse un incidente como el ocurrido el año anterior. Además había que asegurarse de que las preciadas llaves, que se hallaban al cuidado de los profesores, estuvieran tan bien custodiadas que no pudieran caer en manos de quien no debía. Y para controlar el cumplimiento de este deber por parte de los profesores había nombrado, como cada año, a un FSS, un Funcionario Secreto de

Seguridad. El FSS —esto lo decía para los nuevos colegas— era un profesor del cuerpo docente cuya identidad era desconocida por todo el mundo salvo por él, Höllinger. El FSS tenía el cometido de, a lo largo del curso, sustraer llaves que sus colegas dejaran descuidadas en una mesa o en cualquier otra parte. En caso de que el FSS lograse cumplir su cometido, por cada llave sustraída sumaría un punto en el escalafón de méritos, mientras que el profesor que, por descuido, hubiese sido víctima del robo y hubiese desatendido sus obligaciones perdería un punto. De ese modo él, Höllinger, pretendía exhortar desde el principio sobre todo a los nuevos profesores, por su propio interés, a que prestaran especial atención a llevar siempre consigo las llaves y, a ser posible, las afianzaran con un cordón a la trabilla de los pantalones. A esas alturas eso era algo que los profesores veteranos debían hacer maquinalmente. No había que olvidar, concluyó Höllinger, que lo más importante en ese centro eran las llaves, nada era de mayor incumbencia para los profesores que las llaves.

5

Al finalizar el claustro la mitad de los profesores se reclinó en su silla mientras la otra mitad se ponía en pie de un salto, agarraba la cartera y salía precipitadamente de la sala de profesores. Ésos eran los tutores responsables de alguno de los grupos inferiores. Contrariamente a lo que me anunciara Höllinger, a mí no me habían asignado ni dos grupos ni uno solo, por algún motivo incomprensible no era tutor de ningún grupo. Le pregunté a uno de los profesores, Bruns, biología, química, funcionario, dónde estaba la biblioteca. Estaba unida a la sala de profesores por una puerta. Recorrí las estanterías, después de buscar un rato encontré, para gran alivio mío, el último ejemplar que quedaba de *Greenline*, bastante sobado, para 10.º y justo cuando iba a volver a la sala de profesores me detuvo en el umbral un hombre de barba negra. Alto, dijo, eso no puede ser, no puede sustraer sin más ni más un libro, me llamo Miller, titular, historia, latín, soy el responsable de la biblioteca. Le respondí que no era mi intención sustraer el libro, que después de la hora de tutoría iba a dar clase a 10.º y en secretaría me habían dicho que podía encontrar un ejemplar del libro de texto en la biblioteca de los profesores. Eso era cierto, replicó Miller, pero sólo podía sacar el libro si rellenaba una ficha verde. Con mucho gusto, dije yo, y cogí la ficha, la rellené y se la devolví al señor Miller, que sacudió la cabeza y objetó que tenía que atenerse a las normas, que sólo podía darme el libro si, además de rellenar la ficha, contaba con el correspondiente carné de biblioteca, cuyo número él tenía que hacer constar con independencia de la ficha verde. ¿Dónde podía procurarme ese carné?, pregunté. En secretaría, repuso. Abandoné la sala de profesores, me dirigí a la primera secretaria y le dije que necesitaba un carné para la

biblioteca de los profesores. Ella me respondió que no había problema, que ella me lo hacía y yo podía recogerlo al día siguiente. Pero lo necesito *ahora mismo*, objeté. A qué venía tanta prisa, dijo la primera secretaria, todo requería su tiempo, había que comprobar los datos, imprimir, pegar y plastificar, no podía hacerlo antes del día siguiente, ya veía yo el lío que había allí. Salí de secretaría y, sin saber qué hacer, me senté en el sofá azul, que estaba en un rincón de la sala de profesores. A mi lado estaba sentado uno de los tres que habían votado en contra del FSS, el señor Jensen. ¿Cómo me iba?, me preguntó. Le dirigí una mirada de contrariedad. Bien, respondí. ¿Cuál era mi primera impresión del centro?, quiso saber. Buena, repuse. Pero entonces hice un esfuerzo y le describí lo que había pasado con el libro de inglés. No hay ningún problema, me dijo, y se puso en pie, fue hasta su mesa de trabajo, rebuscó en su cartera, de color negro, regresó con un *Greenline* y me lo ofreció al tiempo que decía: por cierto, me llamo Josef. Martin, respondí yo, y noté que esbozaba una tímida sonrisa. Podía quedarme el libro hasta el día siguiente, dijo Josef, él comenzaría en el grupo paralelo con una canción de Britney Spears. ¿De Britney Spears?, repetí yo. A los chicos les gusta, dijo Josef, están completamente locos por ella. ¿No sabía yo que la primera hora de clase era la más importante, la hora en que se decidía cómo transcurriría el resto del año, y por eso él no quería empezar con el libro de texto, que era árido y una porquería? Naturalmente que no, aseguré, y encorvé la espalda. Después le eché valor y dije que tenía una pregunta concerniente al director, que no sabía a quién acudir, pero él, Josef, me parecía… Josef me puso la mano en el brazo y miró a su alrededor. Aquí no, susurró. Lo entendía, sabía lo que yo quería decir, conocía la *lista*. Esta tarde a las ocho, dijo, en el Ratskeller de Stuttgart, al fondo, ahí se podía hablar abiertamente. Entonces alguien lo llamó desde la puerta. Josef se levantó, me saludó con la cabeza y dejó la sala de profesores.

No tuve tiempo de pensar en lo que había dicho Josef, pues recordé que aún debía ir a pedirle mi llave al bedel. En el cuartucho había cola, y delante de mí estaban los profesores en prácticas y otros colegas nuevos. El bedel tenía una voz alta y chillona y exhibía distintas llaves, que iba señalando mientras decía las mismas palabras a todo el que cogía una: llave C6 para todas las

aulas de la planta baja, 1G, 2G, 3G; llave C5 para física, semisótano SS4; llave C4 para geografía, SS5; llave C3 para biología y química, SS3 y SS2; llave C2 para informática, SS1; llave C1, llave maestra, sólo para el director, el subdirector y la señora de la limpieza; llave D1 para los gimnasios 1 y 2; llave E1 para la sala de música, 4G. ¿Da usted alguna de las asignaturas mencionadas? ¿No? Pues entonces la suya es la llave C6, en caso de pérdida 10.000 euros, porque será necesario cambiar todas las cerraduras, a excepción de física, geografía, ciencias naturales, informática, música y gimnasios, por eso las llaves están aseguradas, el seguro se contrata en secretaría, 15 euros al año, siguiente, por favor. Fui a secretaría y contraté un seguro, volví a la sala de profesores, cogí el *Greenline*, que seguía en la mesa que había delante del sofá, y decidí empezar a preparar mi primera clase, pero a mi lado había un profesor mayor, las piernas cruzadas, tranquilo, en silencio, relajado, tenía un periódico abierto apoyado en la rodilla, pero no parecía estar leyendo. Me miró, me saludó brevemente y dijo: Dios mío. ¿Perdón?, inquirí. Es usted demasiado joven, respondió él. Tosí. Él se presentó: Brinkmann, matemáticas, física. Yo dije: Kranich, inglés, alemán. Todavía lo tiene todo por delante, comentó. ¿Qué?, quise saber yo. Todo, repitió él, toda la carrera, a mí sólo me queda un año, el último año, y al decirlo me miró con cara de felicidad sin verme. Mi último año, continuó, el último y ya está, la jubilación, y habrá terminado todo, ¿se lo imagina, sólo un año? Yo: ¿y? Él me miró con cara de interrogación: ¿Cómo que y? Yo: sí, ¿y? Él: ya, y. Sonó el timbre, dobló el periódico, inclinó la cabeza y se levantó.

6

Necesité todo el recreo para encontrar el aula en la que me aguardaba el grupo 10.º D junto con Horst Höllinger. Por suerte yo me lo olía y me había puesto a buscarla con tiempo, de manera que llegué sin retraso ante la puerta cerrada del aula 203, abrí el libro un momento, recorrí con la mirada la primera página, intenté dividir los distintos tipos de ejercicios y averiguar cuáles serían indicados para qué momento de la clase, después cerré el libro, cerré brevemente los ojos, tosí para expulsar la opresión que sentía, agarré el pomo y entré.

Cuarenta y cinco minutos después salía al pasillo y me dirigía a la sala de profesores; sentía un sudor pegajoso en las axilas, la respiración acelerada, pero podía más el alivio por haber superado la primera hora. Ahora tocaba 9.º A. Me había preparado a conciencia y me disponía a esperar el segundo timbre con serenidad cuando alguien vino hacia mí. Presa del entusiasmo, dije: pero si yo a usted lo conozco, el señor Linnemann ¿no? Sí, respondió Linnemann, ¿cómo se llamaba usted? Yo: Kranich, inglés, alemán. Claro, dijo Linnemann, usted. Dígame, ¿no le toca ahora 9.º A? Sí, afirmé. Una cosa, dijo Linnemann, ¿no está en la clase 303? Yo: sí. Él: verá, ésa es una de las dos aulas que tienen vídeo, y yo hoy quería ver un vídeo con mis alumnos de 11.º, es el primer día de clase y no tienen ganas de nada, ¿cómo lo ve? ¿Le importa que cambiemos, las aulas, quiero decir? Claro que no, respondí yo, ¿cuál es la suya? Semisótano SS4, repuso Linnemann. Bien, dije, pues me iré allí con mi clase. Se lo agradezco, replicó Linnemann, y me dejó allí plantado. Quería escuchar lo que decían dos profesoras que tenía al lado cuando Kracht, el profesor en prácticas de Göppingen, se acercó a mí y dijo: un cuerpo docente estupendo, ¿eh? Sí,

aseguré yo. El director, fabuloso, añadió. Podría decirse que sí, repuse. Un ambiente estupendo, siguió. Desde luego, coreé. Si sabía yo dónde estaban los proyectores, me preguntó. No, negué yo, ni idea. Yo sí, apuntó él. En el sótano, audiovisuales, el responsable es Heiner Stramm, ése de ahí. ¿Ah, sí?, dije yo. Hasta luego, se despidió. Hasta luego, le dije. Entonces se oyó el segundo timbre. Por de pronto subí al tercer piso, entré en el aula, les dije a mis alumnos que teníamos que cambiar de clase, por el vídeo. ¿Vamos a ver una peli?, exclamaron ellos. No, negué yo, nosotros no, la otra clase. Le pregunté a un alumno si sabía dónde estaba la SS4, él asintió y yo le pedí que nos guiara. En la escalera ya reinaba el silencio, los alumnos estaban en sus respectivas aulas, sólo nos cruzamos a los de 11.º de Linnemann, vamos a ver el principio de *Pulp Fiction*, les dijeron a mis alumnos, ¿en serio?, exclamaron éstos, vamos con vosotros. No, me opuse, y los llevé al semisótano, donde, al llegar a la SS4, hube de comprobar que mi llave C6 no entraba en la cerradura, miré la placa de la SS4, era el aula de física, de modo que la llave correspondiente era la C5. Les pedí a los alumnos que no hicieran ruido y subí corriendo a secretaría. Algunos profesores vagueaban ante el mostrador, me abrí paso y le pedí a la segunda secretaria la llave C5. ¿Cuál era la llave C5?, inquirió la secretaria, hacía tiempo que no estaba al corriente. Aula de física, le contesté. No, para el aula de física no tenía ninguna llave, aseguró ella. Entonces ¿cómo entraba yo en el aula de física?, pregunté. ¿Qué se me había perdido allí?, preguntó ella a su vez. El señor Linnemann y yo, expliqué, habíamos cambiado las aulas y… En tal caso ¿por qué no le preguntaba al señor Linnemann? La miré, estaba encantada con la idea que había tenido, saludé con la cabeza y me fui. Subí a la carrera al tercer piso, llamé, oí la primera secuencia de *Pulp Fiction*, escuché risas, llamé más fuerte, nadie reaccionó, entré en la clase, a oscuras, señor Linnemann, dije, sí, respondió Linnemann, necesito su llave, pedí, qué llave, dijo él, la del aula de física, aclaré, por qué, quiso saber él, porque no puedo entrar, apunté, ah, dijo, venga, dijo él, dónde, inquirí yo, aquí, me indicó él, última fila. Avancé a tientas en la oscuridad, llegué hasta donde se encontraba Linnemann, cogí la llave, di media vuelta y ya estaba en la puerta cuando Linnemann me advirtió: pero no olvide devolver la llave, Kranich. Me detuve. ¿Cuándo?, quise saber. Nada

más abrir abajo, ya oyó lo que dijo el jefe, a ver si resulta que es usted el Funcionario Secreto de Seguridad. No tema, aseguré, la devolveré. Llegué abajo sudando, introduje la llave en la cerradura de la SS4 y hube de constatar que la puerta estaba abierta y la clase ya ocupada. Se trataba del señor Bruns con algún grupo intermedio. ¿Qué hace *usted* aquí?, espetó. Expliqué que le había cambiado el aula a Linnemann y que éste había dicho que, según el horario, él tenía que dar clase allí, en esa aula, de manera que ahora esa aula, la SS4, dado que Linnemann estaba arriba, en el tercer piso, debería estar vacía. Así era, sí, repuso Bruns, pero él había dejado su aula de la planta baja porque el ruido de las obras de reforma de la entrada, que quedaba al lado, era insoportable. Pero si yo quería, añadió, volvería a la PB3. No, no, le dije, quédese, demasiado lío, iré yo. Cerré la puerta y les dije a los alumnos que fueran a la PB3, que yo iría en un momento, tenía que ausentarme un instante, y uno de los alumnos me preguntó si podía fumarse un pitillo antes de que yo diera con el aula. Pasé por alto la pregunta y subí volando las escaleras, al tercero, abrí la puerta y llamé a Linnemann. ¿Sí? Su llave, dije, y esta vez fui con más soltura a tientas en la oscuridad. Gracias, dijo Linnemann. Bajé corriendo a la planta baja, donde mis alumnos me esperaban ante la PB3, que todavía estaba cerrada. Abrí, ellos entraron, y justo cuando iba a cerrar sonó una sirena. La alarma contra incendios, bostezó uno de los alumnos, y salió. Lo hacen todos los años el primer día de clase, aclaró el segundo. Al tercero le pregunté qué tenía que hacer yo. Cerrar las ventanas y salvar el parte de clase, respondió, el resto puede arder.

7

Dado que a la quinta hora no tenía clase, en primer lugar agarré los originales que había preparado y me puse a hacer copias como un loco, inhalando el hálito arcilloso de la fotocopiadora y molesto por haber olvidado la mascarilla que compré el primer año de prácticas. No había terminado del todo cuando sonó el timbre, Höllinger entró en la sala de profesores y saludó con una leve inclinación de cabeza al goteo de profesores que iba llegando una vez finalizadas las clases. Cuando estuvieron todos reunidos, Höllinger dio comienzo a la segunda parte del claustro diciendo que quería resumir los resultados de la reunión de directores que se había celebrado a finales del último año escolar. En ella se había hablado, entre otras cosas, de los resultados del denominado Gran estudio. Según dicho estudio, los centros educativos de la República Federal no se hallaban, como de costumbre, a la cabeza de la clasificación, sino en los últimos puestos. Entre otros, el estudio mencionaba como motivos de tan desagradables circunstancias el excesivo hincapié que hacían los centros alemanes en el rendimiento. En la reunión de directores se había acordado hacer todo lo posible por sacar a los centros educativos alemanes de la actual crisis y devolverlos al lugar que un día ocuparan, esto es, la cúspide. Con el objeto de posibilitar esta vuelta al club de los mejores se había concluido que había que aceptar de manera incondicional e implantar las nuevas directrices que se marcaran en la reunión del ministerio de Educación y Ciencia en lo relativo a incrementar la creatividad en la clase. El motivo de que se hubiese adoptado esta medida era la incapacidad, censurable según el Gran estudio, de trabajar de manera independiente por parte del alumnado alemán. Por consiguiente nosotros, los profesores,

debíamos leer e incorporar a la clase el nuevo cuaderno de metodología, de reciente aparición, de la serie *Ejercicios prácticos en la clase*, titulado *Guía del profesor para el desarrollo de la independencia del alumnado en capacidades creativas de todo tipo*. En dicho cuaderno, un equipo interdisciplinar describía qué era la creatividad, cuáles eran las condiciones necesarias para que se originara, qué procesos cerebrales eran los responsables de la aceleración del tempo creativo y cómo se podía preparar, organizar, complementar y repasar todo ello.

Sin embargo en la reunión de directores, comentó Höllinger después de hacer una pausa, una importante pregunta había desencadenado una fuerte discusión. Se debatió enérgicamente el tema de la *valoración* de los frutos de la creatividad. En particular se trataba de *cómo* llevar a cabo la denominada VC, la valoración de la creatividad, además de cuán discutible era la VC desde el punto de vista jurídico. Los padres, se dijo, habían demostrado bastante a menudo que no tenían el menor reparo en recurrir a un abogado. En cuanto se les presentaba la ocasión de reclamar, se apuntó, los padres hacían valer de inmediato su derecho a impedir que sus hijas e hijos suspendieran el curso o fracasaran en el bachillerato. Y, se señaló, si la creatividad en la clase llegaba a cobrar una importancia tan grande, tan desproporcionada por así decirlo —en comparación con una transmisión de conocimientos mensurable desde un punto de vista objetivo—, había que resguardarse de tal forma que la valoración de los resultados fruto de la creatividad fuera irrefutable. Esto quería decir que en cada institución de enseñanza media había que elaborar una guía detallada que regulase punto por punto la valoración de los frutos de la creatividad. Era preciso fijar *criterios* claros en lo tocante a la valoración de la creatividad. Con este fin, se resolvió en la reunión de directores, cada centro habría de crear una comisión responsable de la elaboración de criterios relativos a la valoración de la creatividad, o CRECVC, cuyo cometido sería la fijación sin pérdida de tiempo de los criterios relativos a la valoración de la creatividad. Sólo así se podría poner coto al inminente caos provocado por una creatividad desenfrenada, sólo así se estaría a salvo de ataques legales de toda clase, sólo así se podría ayudar a los alumnos a averiguar lo que nosotros, los profesores, esperábamos de ellos, los

alumnos.

8

Cuando, a mediodía, iba en el tren, un árido vacío invadió mi espíritu, estaba aniquilado en el asiento, dejándome llevar por el tren; me bajé maquinalmente en la terminal de Stuttgart y tomé el metro. En el puesto de la esquina me compré un *kebab*, comí en la mesa de la cocina sin quitarme la chaqueta, con apatía, masticaba, mordía, masticaba, deseché el aceitoso pan sobrante, me cepillé los dientes, me tumbé en la cama y dormí tres horas. Había olvidado poner el despertador y me desperté a las cinco. Me llevé un susto de muerte. Me senté en el acto ante la mesa y comprobé aliviado que al día siguiente sólo tenía tres horas, dos de ellas, 9.º A y 5.º A, ya las había preparado, sólo me quedaba una: 10.º D. Planifiqué minuciosamente la clase. Me tomé a pecho la crítica del director y me paré a pensar con qué pregunta me dirigiría a los alumnos en qué minuto de la clase, cuáles serían las posibles respuestas que darían los alumnos y cómo podía reaccionar yo a esas preguntas con aparente espontaneidad. También pensé qué asociaciones despertaría el texto en los alumnos y cómo podían transformarse esas asociaciones en posibles preguntas de vocabulario en la mente de los alumnos, unas preguntas que me plantearían no porque les interesara la palabra por la que preguntaran, sino para ponerme a prueba a mí y poner a prueba mis conocimientos y, por tanto, mi competencia como profesor, en suma. Dormitar era una de las palabras para traducir que aparecían en el texto, dormitar, claro, a partir de esta palabra los alumnos podrían preguntar cómo se decía marmota, *ground hog*, ésa la conocía, marmota, dormitar, hibernar, busqué, de hibernar se podía llegar a escasez de alimentos o provisión de alimentos, busqué, acaparar y almacenar, busqué, pero de hibernar, pensé, también se podía ir directamente a invierno, y

de invierno a deportes de invierno, a *bobsleigh*, peligro de avalancha, sepultar, San Bernardo, mi lista iba en aumento. A las siete y media por fin tenía la sensación de estar lo bastante preparado para todos los imponderables de la clase, de manera que aparté los papeles. Cerré un instante los ojos e imaginé que uno de los alumnos me preguntaba cómo se decía en inglés peligro de avalancha y yo desenfundaba y disparaba, relajado y sin vacilar, y al meter las cosas en la cartera me paré a pensar cómo podía hacer que los alumnos pasaran del dormitar del texto al peligro de avalancha por si, en contra de lo que cabía esperar, no se les ocurría a ellos solos, pero entonces consulté el reloj y pensé: Ratskeller, si sales ahora aún llegarás a tiempo.

En el restaurante, al fondo, había tres profesores, ante las ventanas, gruesas cortinas, el ambiente cargado. Permanecí un momento en la puerta y eché un vistazo a la mesa a la que estaban sentados, nadie me había visto todavía, reconocí a Josef Jensen y de repente tuve la sensación de estar haciendo algo prohibido, me volví, sentí el deseo de irme o mirar tras los pesados cortinajes por si había alguien allí que no me quería bien. Pero para entonces Josef Jensen ya me había visto, se puso en pie y me hizo señas para que fuese.

¡D'Artagnan!,

exclamó. Me acerqué a la mesa. Bajo la pelada bombilla identifiqué a uno de los otros dos profesores. Se trataba del segundo que había votado en contra en el claustro, bajo y corpulento, con una barba gris de tres días. Intenté acordarme de su nombre. ¿El señor Renner?, pregunté. Achim Renner, asintió él, educación física, geografía y psicología. El tercero era Pascal, que en realidad no era su verdadero nombre, me explicaron, pero en el centro todo el mundo lo llamaba así, religión, filosofía, medía casi dos metros y hablaba con voz de falsete, un susurro apenas perceptible. Cuando me sirvieron una cerveza, los tres agarraron sus respectivos vasos y golpearon con ellos la mesa; yo hice lo propio, y Achim dijo: uno para todos, todos para uno. Bebimos. Resultó que los tres formaban el núcleo duro del denominado GC, un Grupo Conspirador que se había propuesto socavar el sistema escolar vigente. Pero *no de veras*, como se apresuraron a puntualizar, ya que nadie quería jugarse en serio el puesto de trabajo, sino tan sólo, según me

dijeron, verbalmente. De manera que se trataba de un círculo de revolucionarios que no hacían nada, sino que sólo hablaban de lo que les gustaría hacer y del estado en que se hallaba nuestro corrompido y más que pervertido sistema escolar. Le pregunté a Josef por qué yo, Martin Kranich, siendo nuevo, había sido admitido inmediatamente en el círculo, y Josef repuso que no era el grupo el que decidía quién formaba parte del círculo, sino el director. ¿El director?, repetí yo. Existía una lista, contó Josef, en la que Höllinger apuntaba de cuando en cuando a un profesor u otro, por los más diversos motivos: uno no vivía en Göppingen, el otro tenía el cabello negro, el tercero era mujer, el cuarto se había equivocado de especialidad. La lista se encontraba en el cajón inferior del escritorio de Höllinger. Todo el mundo estaba al corriente de su existencia, pero sólo unos pocos la habían visto. No obstante él, Josef, se llevaba bien con la mujer de la limpieza, y ésta le había dicho que Höllinger acababa de incluirme en la lista a mí, Martin Kranich, desde el principio mismo, antes incluso de que mantuviésemos la primera entrevista. ¿A mí?, pregunté. Sí, a ti, respondió él. Pero ¿por qué?, exclamé yo. ¿Por qué?, repitió Achim Renner con una sonrisa. ¿Por qué?, dijo Pascal meditabundo. ¿Por qué?, coreó Josef Jensen, levantando nuevamente el vaso. Todos ellos bebieron un trago y callaron.

Uno se hundía, musitó Pascal de repente en medio del silencio, la persona, el ser humano, la existencia, el individuo, era engullido, devorado, parcheado, sellado a base de lucha y competencia, lo humano, eso que convertía al ser humano en ser humano ante todo, su corazón, la percepción del corazón, todo eso no figuraba en ningún plan de estudios, todo eso, lo verdadero, lo importante, lo esencial, nos era arrancado de lo más íntimo de nuestro ser. Nos convertíamos en máquinas, en monstruos, en engendros de nosotros mismos si no nos defendíamos con todas nuestras fuerzas contra los mecanismos de estas maquinaciones. Bondad y deferencia, comprensión y calidez debían ser los principios del centro docente, fuera con los jueguecitos de *sheriff*, con los controles y con alimentar la presión en el rendimiento, había que crear para los alumnos un clima donde el miedo no tuviera cabida, donde, ante todo, tuvieran la posibilidad de encontrarse a ellos mismos. Las jerarquías, intervino Achim Renner, no solían ser eso, y además no

había que olvidar la creatividad, en Bali, por ejemplo, se le ocurría, tenían una imagen del ser humano completamente distinta, el pensamiento arraigado, el occidental, era, por así decirlo, contrario al pensamiento de Bali, allí éste no estaba marcado en modo alguno, más bien el nombre de la persona cambiaba, por así decirlo, con el nacimiento de sus hijos, a diferencia de nosotros, y podía decirse que había que intentar acabar también con las jerarquías a fin de que pudiera originarse un caos constructivo para no permanecer aprisionados en ese pensamiento arraigado, mientras que en Bali el caos, en resumen, era la primera fuente de creatividad. ¿No podía repetir lo del pensamiento arraigado?, inquirí, pero Pascal volvió a tomar la palabra y dijo: genuinidad, autenticidad, de dentro afuera, ser fiel a lo que uno quería, mantenerse firme, apartarse, agotar la libertad pedagógica, pasar por alto el programa de estudios, reencontrarse, sondear lo que de verdad ocurría en uno mismo, acabar con la escoria educativa, eliminar los conocimientos basura, hacer palpable la verdadera experiencia humana y dejar oír la voz interior de los alumnos, el estado anímico —al fin y al cabo de lo que se trataba siempre era del estado anímico—, expresar el estado anímico, autodescubrimiento y cuestionamiento, cuestionamiento de uno mismo y de los otros, ¿quién soy yo, quién es el otro, adónde voy, adónde va el otro, qué se me ha perdido aquí, qué se le ha perdido aquí al otro? Y acto seguido los tres se pusieron a enumerar un sinfín de ejemplos que se oponían diametralmente a su ideal, un sinfín de situaciones que padecían y se iban a pique continuamente, y bebimos una cerveza tras otra, y cuanto más hablaban los tres con tanta mayor vehemencia intervenía yo en el debate, con tanta mayor franqueza me expresaba yo, hasta que finalmente la conversación se apoderó de mí por completo y de pronto describí con un torrente incontenible de palabras mi primera entrevista con el director, de manera que los tres callaron y me escucharon con la máxima atención para no perder ripio. Después guardamos silencio. Renner pidió otra ronda. Todo el mundo seguía callado. Ya pensaba que había cometido un error, que me había ido de la lengua, y estaba a punto de decir que al fin y al cabo la cosa no era tan grave, que los compañeros eran majos, que en el fondo había tenido suerte con el centro, cuando Achim Renner dijo que el director tenía

razón. ¿A qué se refería?, pregunté. A lo de la farsa, respondió. Nosotros, el núcleo duro del GC, sólo fingíamos que queríamos cambiar algo, estábamos demasiado enraizados en lo que se nos ofrecía mediante las jerarquías en el espacio carente de caos, mientras que en Bali… Sí, lo interrumpió Josef, era cierto. Y de pronto se le iluminaron los ojos. Por un instante pensé que había bebido demasiado, pero entonces se levantó, se agarró brevemente a la mesa, pero se mantuvo firme, sin tambalearse, y dijo en un tono solemne que en ese instante, allí y ese día, había llegado el momento de pasar a la acción. Pascal y Renner miraron a Jensen y espetaron: qué significa eso, déjalo estar, vuelve a sentarte, nosotros… No, rehusó Josef Jensen. Ahora que éramos cuatro, con nuestro nuevo aliado de nuestra parte, allí, ese día, quería prestar el juramento solemne… Basta, dijo Renner, que no estamos en Bali… El juramento solemne, repitió Josef, de que en adelante quería que a la fuerza de la palabra siguieran hechos, de que a partir de ese momento no quería ser testigo ocioso de cómo zozobraba sin remedio todo lo que decíamos allí, en el Stuttgarter Ratskeller, de que en adelante quería pasar a la acción y enfrentarse al sistema en todas sus diabólicas manifestaciones. Después volvió a sentarse y miró a los presentes. Pascal y Renner permanecieron un rato en silencio. No puedes hacer eso, objetó Achim al cabo. Sí puedo, contestó Josef, y bebió un sorbo, tampoco es que quiera tirar una bomba. ¿Y entonces?, quise saber yo. La política de los pequeños pinchazos, respondió Josef. ¿Qué significa eso?, preguntó Pascal. Ya lo veréis, replicó Josef Jensen mientras la camarera, rendida, entraba en la habitación y anunciaba que eran las cinco y quería irse a casa.

Nos pusimos de pie y salimos haciendo eses. ¿Todavía hay metro a esta hora?, pregunté. Ni idea, dijo Renner, pero de todos modos él ya no iba a acostarse, conocía un café cercano que estaba abierto donde podían preparar las clases del día siguiente delante de tres tazas de café. Una buena idea, aprobó Pascal, y me uní a los tres mientras se apoderaba de mí la sensación de haber olvidado algo. De qué era ese algo sólo me percaté a las seis y media, cuando íbamos en el tren y apestando a alcohol. La cartera, dije. ¿Qué cartera?, inquirió Renner. La del trabajo, aclaré. Sí ¿y?, intervino Pascal. ¿Cómo que sí y?, espeté yo. ¿Para qué necesitas una

cartera?, me preguntó. Ahí llevo todo lo que he preparado, repliqué. Pascal le restó importancia con un gesto. Él, dijo Pascal, nunca había preparado una clase, confiaba plenamente en su intuición. La preparación, aseguró, mataba la espontaneidad. Si preparaba una clase ya no podía ser íntegro y auténtico y cercano con los alumnos. La filosofía y también la religión, tal y como él la entendía, se basaban por completo en la premisa de acercarse a los alumnos sin premisas, comprometerse a fondo con los alumnos sin ideas preconcebidas. El mejor esquema era el que surgía en una conversación espontánea, un esquema que al final de la clase resultaba ser completamente inútil y podía borrarse sin remordimiento. Los caminos tortuosos, aseveró Pascal, eran los verdaderos caminos de la filosofía, sólo por caminos tortuosos aprendía el ser humano a caminar y, por añadidura, a decidir qué dirección había que tomar. Él, continuó Pascal, por regla general comenzaba cada clase preguntando a los alumnos en qué pensaban, qué les inquietaba, dónde estaban, dónde podía él ir a buscarlos, qué les movía en su fuero interno, y a partir de lo que le respondían desarrollaba la clase en el momento del *ad hoc*, en la inmanencia del instante. Yo objeté que esa técnica difícilmente podía dar buenos resultados en la enseñanza de una lengua extranjera. Achim Renner bostezó y apuntó: la didáctica del umbral. ¿Qué?, pregunté. La didáctica del umbral, repitió Renner. La aptitud más importante de un profesor. Y ¿qué significa eso?, me interesé. Que preparas la clase en el momento en el que cruzas el umbral del aula, respondió Renner. Ah, respondí yo, pero es que ni siquiera tenía los libros. Puedes sacarlos de la biblioteca, señaló Renner. Miré a Josef, que enarcó las cejas y se encogió de hombros.

9

En el centro lo primero que hice fue entrar en el servicio y echarme agua en la cara y la nuca. Para secarme tuve que utilizar una toalla en rollo. Esa mañana, a las siete y cuarto, todavía ofuscado por el alcohol, de pronto tuve un instante de claridad meridiana. De repente me di cuenta de que las otras veces que había utilizado un dispensador así *primero* siempre debía retirar un tramo de toalla ya usado para *después*, en un segundo movimiento, poder secarme las manos con el trozo limpio que yo mismo había sacado. Pero esa mañana, a las siete y cuarto, de súbito pensé que era tremendamente latoso y de todo punto inexplicable por qué uno tenía que sacar *primero* un pedazo de toalla nuevo, con las manos aún mojadas, chorreando, para *a continuación* secarse. Cuánto más práctico sería, pensé, que uno se encontrase ya listo un tramo limpio en el dispensador, pudiera secarse las manos con facilidad y sin ceremonias y sólo *después* sacar más toalla, de forma que quedara un trozo limpio para el próximo que llegase. Al repasar la situación concluí que, en los dos casos, tanto si uno tiraba primero de la toalla y después se secaba como si primero se secaba y luego tiraba de la toalla, en ambos casos, pues, había que secarse las manos y tirar una vez de la toalla. La única diferencia residía en la sucesión de ambas acciones. Y de repente vi toda la bajeza y la repugnancia del ser humano. Éste, el ser humano, era tan abyecto, que dejaba sin más la toalla usada y el siguiente que iba a secarse las manos se encontraba con una toalla húmeda y arrugada. El corazón se me aceleró cuando, en un acto enaltecedor que esa mañana dislocó el mundo para mí, tiré por segunda vez de la toalla para que el próximo que utilizara el lavabo se encontrase una toalla intacta, limpia, sin complicaciones. Con tamaña ligereza de espíritu

salí del servicio y me dirigí a la biblioteca, donde ocupé un asiento ante una de las estanterías vacías y traté de recapitular lo que había preparado la tarde anterior. Pascal y yo teníamos la primera hora libre, y me ayudó sobremanera sacando de la biblioteca de los profesores los libros que yo necesitaba con su carné.

Después de la primera clase que di esa mañana, en 5.º A, los alumnos pasaron ante mí como una exhalación para ir al recreo y yo, como era debido, cerré la puerta con llave, no sin cerciorarme de que no dejaba encerrado por error a ningún chico. Subí las escaleras y en el pasillo que conducía a la sala de profesores me encontré a la señora Klüting, que me abordó para pedirme mi opinión. Mi opinión ¿para qué?, pregunté. Qué libro de texto, respondió ella, *G2000* o *Greenline*, Cornelsen o Klett, ya sabe, esta tarde, reunión de departamento, justo después de la foto de los profesores. Ah, dije yo, claro, yo prefiero el *G2000*. Muy bien, repuso la señora Klüting, y ¿los motivos? En ese instante Höllinger salió de la sala de profesores al pasillo, a escasa distancia de nosotros. Señor Kleible, llamó a uno de los profesores que acababa de pasar. ¿Sí?, dijo éste. La señora Klüting y yo seguimos hablando en el pasillo de las ventajas del *G2000*. Sin embargo, como prestábamos mucha más atención a la conversación que mantenían justo al lado Kleible y Höllinger, la nuestra no estaba precisamente a la altura, y los argumentos que íbamos enumerando sólo tenían por objetivo prolongar discretamente nuestra estancia en el pasillo. Si en un principio, al señalar qué textos, ejercicios e imágenes eran mejores, habíamos hecho alusión a los puntos fuertes del libro de Cornelsen de manera objetiva y competente, al final ya no se nos ocurrían más ventajas, y de repente dije que el color de la portada era más expresivo, cierto, convino la señora Klüting, además la encuadernación era más resistente, no tan endeble, sin duda, corroboré yo, y el forro se ponía con mayor facilidad, añadí, desde luego, afirmó la señora Klüting, y los representantes de Cornelsen eran mucho más simpáticos que los de Klett, que eran secos, dónde va a parar, aseveré yo, y la tinta de la impresión era más negra que la del *Greenline*, efectivamente, aseguró la señora Klüting, y además el ojo le parecía, de alguna manera, más redondo que en el libro del Klett, sí, asentí yo, la *th* era considerablemente más auténtica, en cierto modo más legible. Cuando, en ese mismo

instante, la conversación entre Höllinger y Kleible terminó bruscamente, también pudimos separarnos Klüting y yo, un tanto avergonzados, bueno, pues hasta esta tarde, dijo la señora Klüting, hasta luego, le respondí.

El director había pillado a Kleible en el pasillo, y el diálogo había comenzado con la pregunta de si él, Kleible, sabía la hora que era. Kleible, sin perder la calma, repuso que sí, que lo sabía perfectamente si consultaba el reloj, que eran las nueve y veinticuatro. El director le preguntó en el mismo tono si él, Kleible, sabía lo que pasaba en ese centro habitualmente a las nueve y veinticuatro. Kleible respondió, completamente serio y sereno, que claro que lo sabía, que el recreo había empezado hacía cuatro minutos. Cierto, exclamó Höllinger con aire triunfal e inquirió además si él, Kleible, sabía qué día era ése. Una pregunta fácil, dijo Kleible, siguiéndole el juego, martes, lo sabía sin ningún género de duda, ya que el día anterior había sido el primer día de clase. Bien, aprobó el director radiante, y a continuación preguntó si él, Kleible, sabía quién era el encargado de vigilar ese año el patio los martes durante el recreo. Kleible, igualmente radiante, dijo con toda tranquilidad que claro que lo sabía, que él, Kleible, era el encargado de vigilar el patio los martes durante el primer recreo, que lo había anotado con letra bien grande en el calendario, no sólo una vez, resaltó Kleible, sino en cada martes del calendario, rojo, que les habían dado a los profesores en la caja de ahorros. Höllinger no contaba con ello y por un instante enmudeció, si bien luego dijo que si él, Kleible, sabía todo aquello, por qué seguía allí, en el pasillo, en lugar de cumplir con su obligación como era debido. Él, Kleible, añadió Höllinger, debía ser *el primero* en estar en el patio, *desde los primeros minutos*, era importante, ya que, como bien sabían por experiencia, en esos primeros instantes en que los alumnos salían al recreo pletóricos era cuando se producía la mayoría de los accidentes. Kleible, sin perder la calma, pidió al director si no le importaría volver a explicarle a él, Kleible, cómo podía arreglárselas él, Kleible, para ser *el primero* en estar en el patio para vigilar el recreo y al mismo tiempo ser *el último* en abandonar la clase para, a tenor de lo convenido el día anterior en el claustro de profesores, cerrar cuando hubiesen salido los alumnos, en vista de lo cual Höllinger no tuvo más remedio que callarse. Kleible dio media

vuelta y salió tranquilamente al patio mientras Höllinger se dirigía a su despacho.

En ese mismo recreo los altavoces de la sala de profesores cobraron vida de pronto y se oyó la voz de Höllinger, Linnemann, dijo, al despacho del director. Linnemann palideció, todas las miradas se centraron en él. De repente Linnemann se llevó las manos al cuello, asustado, y comenzó a vaciar su cartera, a revolver enloquecido los papeles que tenía en su lugar de trabajo y a mirar bajo la mesa. La llave, musitó sin aliento. Sus vecinos de mesa lo ayudaron febrilmente a buscar la llave, pero no la encontraron, y Linnemann abandonó la sala de profesores con la espalda encorvada. Sonó el timbre y los profesores se fueron a sus respectivas aulas. Tras la clase me topé con Linnemann, que llevaba la llave al cuello, colgando de una cadena, y parecía algo cansado. ¿Todo bien?, le pregunté. Me miró enfadado. ¿Ha sido *usted*?, me preguntó. ¿Yo?, respondí. ¿Por qué lo dice? Pero si le devolví la llave, ¿no se acuerda? Ayer, en el aula 303. Estaba oscuro, objetó Linnemann, yo qué sé qué llave me dio. Señor Linnemann, exclamé, no, cómo se le ocurre pensar eso, Linnemann, yo jamás entregaría a un colega al director, entre nosotros, en lo que al director concierne debo decir que… Martin, me interrumpió Josef Jensen, que ocupaba la mesa de al lado, ¿puedes venir un momento? Me disculpé con Linnemann y salí con Josef de la sala de profesores, echamos a andar por el pasillo, al llegar al final volvió la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, cuando nadie podía vernos, me metió de un empujón en el servicio de caballeros. Abrió todas las puertas, miró dentro, pasó las manos por el borde de los cubículos y el saliente de la pared, comprobó la parte inferior del lavabo, se arrodilló, pegó la oreja al suelo, permaneció a la escucha unos segundos, se levantó y finalmente susurró que aquél era el único sitio donde se podía hablar más o menos abiertamente, que prestara atención. Josef cogió aire y dijo despacio, resaltando con claridad cada palabra: no vuelvas a decir nada contra el director en la sala de profesores. Uno nunca sabe, prosiguió Josef, a quién tiene enfrente. Todo lo que dices en la sala de profesores acaba llegando a Höllinger. Dispone de un completo sistema de agentes y agentes dobles dentro del profesorado. Así que sé cauteloso, concluyó Josef, y mantén los ojos abiertos. Acto seguido dijo que esperara unos

minutos antes de ir tras él a la sala de profesores y me dejó solo. Abatido, me apoyé en el radiador con la mirada perdida. De súbito me volví hacia el toallero: ante mí, en el blanco dispensador, tenía una toalla usada, asquerosa y húmeda.

10

Llegué a la sala de profesores justo cuando sonó el timbre y me dio la bienvenida un Linnemann que enseñaba los dientes. Kranich, dijo, tiene que ir a ver al director después de la siguiente clase, acaban de anunciarlo. Asustado, me palpé el bolsillo del pantalón y comprobé con alivio que mi llave seguía allí. Eché un vistazo a mi alrededor. Josef y Achim ya se habían esfumado. Pascal seguía en el sofá. Me senté un momento y le pregunté si tenía idea de por qué me había llamado Höllinger. Él se encogió de hombros y permaneció impasible. ¿Qué pasaba?, le pregunté. Inspección, repuso. ¿Cómo?, dije yo, ¿ahora? ¿El segundo día? ¿La Delegación? Él sacudió la cabeza. El canónigo, aclaró. La Iglesia. Se trata de la *missio canónica*. ¿De la *missio*?, repetí yo. Los padres se habían quejado de él y su clase de religión, puntualizó Pascal. Tocaba demasiado poco la Biblia. Y ahora el canónigo. Visita de seguimiento. Acababan de notificarlo. A sexta hora. No tenía ni idea de qué hacer. Lo miré: estaba pálido y tembloroso en el sofá. Si le revocaban la *missio*, preguntó, ¿qué iba a hacer? Nunca más, aseguró, levantaría la voz o la mano contra el sagrado sistema escolar. Lamentaba profundamente sus arrebatos desfavorables. Sin la *missio*, dijo, no era nada. La *missio* lo convertía en lo que realmente era, un ser humano completo, un ser humano redondo, íntegro, un ser humano con trabajo y dinero para vivir. Pascal se había ido animando y al pronunciar las últimas palabras se agarró a mí. Ahora me miraba confuso y con los ojos centelleantes. Debía irme, dije, ya llegaba cinco minutos tarde. Me solté, cogí mi libro y fui corriendo a clase. Me sentía tan perplejo que me desconcentré por completo. ¿Cómo podía ayudar a Pascal?, me planteé. Y ¿qué quería el director de mí? Además, por vez primera ese día me

invadió un gran cansancio, caí en la cuenta de que esa noche no había dormido nada, y la hora se me pasó volando. Con sus cabeceos y su anotar de errores, los alumnos bilingües de 10.º D no estuvieron a la altura de las circunstancias. Cuando una vez después de *avoid* no utilicé gerundio, uno de ellos se mordió la lengua, otro resopló ruidosamente y un tercero lanzó un suspiro de dolor y dejó caer el lápiz del susto, como si le hubiese quemado. Sólo cuando uno de los alumnos me preguntó cómo se decía en inglés peligro de avalancha se me iluminó el rostro, peligro de avalancha, repetí, y comencé a pavonearme arriba y abajo ante los alumnos con aire de sentar cátedra, peligro de avalancha, nada más fácil, dije, peligro de avalancha era una locución que sin duda pocos profesores de inglés del cuerpo docente conocerían, dicho lo cual ya veían ellos, los alumnos, la suerte que tenían de tenerme a mí por profesor, peligro de avalancha, dije y tragué saliva, un momento, dije, la estoy viendo, dije, la tengo en la punta de la lengua, un momento, ya. Los alumnos me miraron con cara de darme ánimo. Es que la tengo delante, insistí, ayer la sabía, seguro, tienen que creerme, de verdad. ¿Entonces?, preguntó uno de los bilingües. Me desplomé y hube de desistir: se me había olvidado entre alguna de las cervezas del Ratskeller. Lo que faltaba, farfulló Horst Höllinger al tiempo que apuntaba algo. Cuando acabó la hora salí precipitadamente del aula, no sin haber olvidado apuntar en el parte de clase mi abreviatura y la habitual nota sobre lo que se había tratado en la clase. Pasé por delante de un Pascal que seguía inmóvil en el sofá, le di una palmadita en la espalda y le dije que no se preocupara. En cuanto terminase con el director volvería para echarle una mano. Después me planté delante del espejo de la sala de profesores, me aparté el cabello de la frente, me enderecé el cuello de la camisa, me pasé las manos por la cara, me di unos cachetes flojos para despabilarme y me fui.

En secretaría dije mi nombre con voz gredosa. Tenía que ver al señor Höllinger. La primera secretaria me dirigió una mirada compasiva y la segunda, al pasar ante ella, me puso levemente la mano en el hombro, ánimo, dijo. Me acerqué a la puerta y llamé con suavidad. Al otro lado oí a Höllinger decir «adelante», abrí y entré. Pase, pase, mi querido Kranich, dijo el director, siéntese, ¿le apetece un café? No, gracias. ¿Por qué está tan nervioso?, quiso

saber. ¿Tiene miedo? No, negué, no, no. Dígame, continuó el director, olisqueando con recelo, ¿ha bebido usted? No, aseguré, no, ¿por qué? Se lo parecía, alcohol estando de servicio, ya sabía yo lo que eso significaba. No, reiteré, estaba completamente sobrio. Hacía unas semanas, contó Höllinger, había preguntado a la Delegación de Educación si no sería posible utilizar un juego de esos tubitos que usaba la policía en los controles de tráfico. La idea era acabar de una vez por todas con los profesores alcoholizados. Por desgracia todavía no le habían respondido positivamente. Yo no tengo nada que ocultar, afirmé, puede creerme, señor Höllinger. ¿Ni gota de alcohol?, inquirió éste. No, ¿por qué?, quise saber. Porque ayer lo vieron a usted, respondió él. ¿A mí?, dije yo. Y ¿dónde? Saliendo del Ratskeller, repuso Höllinger, en Stuttgart, a eso de las cinco, ebrio, con otros tres elementos conspiradores del centro. Palidecí. Tenía que, balbucí, cómo es que, de ningún modo podía él. Calma, calma, pidió Höllinger. No pasaba nada. Le había mentido debidamente, eso era todo lo que él quería. Estaba muy satisfecho conmigo. ¿Acaso no recordaba yo la conversación que habíamos mantenido sobre los cuatro pilares del sistema escolar? Había guardado las apariencias de manera absolutamente ejemplar, con lo cual había demostrado ser un profesor digno y no tenía por qué verme en ningún apuro. Porque ¿qué habría pasado si lo hubiese confesado todo?, dijo él. No me podía imaginar las medidas que él, Höllinger, se habría visto obligado a tomar. ¿No es verdad? Asentí. Sea como fuere, dijo Höllinger mientras cogía papel y lápiz, ese día tocaba llevar a cabo la evaluación rutinaria de la visión de conjunto. Lo miré inquisitivo. Quería cerciorarse, aclaró Höllinger, de que yo había logrado, como era mi obligación, durante los dos primeros días de clase —semejante período de tiempo bastaba y sobraba para tal fin—, de que yo había logrado, pues, como era mi obligación, formarme una visión de conjunto satisfactoria sobre las actas y los tablones informativos que había en su centro, indispensables para el día a día de los profesores. Si, por tanto, podía decirle dónde se encontraban el plan de guardias, los anuncios relativos al comité de personal, la lista de los tutores, la lista de los consejeros para los alumnos de los cursos superiores, el programa de exámenes, y no sólo dónde se encontraba el programa de exámenes, sino también con qué color se consignaban los

exámenes en el programa de exámenes a diferencia del color que se utilizaba para los exámenes sorpresa cortos, los exámenes cortos y la revisión de los deberes escritos, además quería saber dónde estaban las carpetas azules en las que había que introducir las notas de los exámenes nada más terminar de corregirlos con el objeto de darlas a conocer de inmediato a todos los profesores que impartieran clase a ese grupo, quería saber dónde se hallaban la información sindical, dónde los anuncios de la Asociación de Filólogos, dónde podía encontrar los estatutos de la APA, dónde la LOE, dónde las plantillas de las notas de comportamiento de los cursos inferiores, dónde el programa de reserva de las dos aulas de vídeo, dónde la lista de propuestas de temas para el Día Pedagógico, dónde las listas de las reuniones de equipo educativo y las reuniones de departamento que habían de firmar los profesores participantes, dónde las actas del último consejo escolar y la reunión del pleno del Ayuntamiento, dónde el listado de direcciones de los empleados, dónde la carpeta de anillas con el horario de los profesores… Höllinger siguió preguntando unos minutos, y, para satisfacción suya, pude responder a la mayoría de las preguntas. Tenía delante una lista en la que, cuando yo acertaba, anotaba un símbolo de correcto, además de asentir con la cabeza en señal de aprobación, pero en caso de desconocimiento ponía una raya. Después se echó hacia atrás y yo tomé aliento, ya que pensé que la evaluación había terminado. Hizo un breve recuento y dijo: tres rayas, un buen resultado, aunque se había reservado la pregunta más importante para el final. Reuní en la boca la poca saliva que me quedaba y lo miré expectante. Me preguntó dónde se encontraban los archivos que contenían las *notas medias de los alumnos*. Guardé silencio. ¿Lo sabía yo? Respondí que no, y Höllinger sacudió la cabeza. Estos profesores jóvenes, comentó, llegaban a su centro y creían que podían empezar de cero. Pensaban que no tenían que preocuparse por lo que les había precedido. Yo, Kranich, dijo Höllinger, no era más que una parte minúscula del todo. La orquesta había comenzado a tocar sin mí hacía tiempo. Yo me había unido a ella y podía darme por satisfecho con poder sentarme y, de vez en cuando, contribuir al éxito con una nota. Las notas medias, dijo, eran la espina dorsal de todo recién llegado, y yo, Kranich, ni siquiera sabía dónde estaban los archivos de las

notas. ¿Cómo iba a saber yo entonces si los alumnos eran buenos o malos? Sin tener conocimiento de las notas medias podía obtener unos resultados completamente distintos de los de mi predecesor. Las discrepancias, dijo Höllinger, las discrepancias sólo estaban permitidas hasta cierto punto y mediante regulación por disposición administrativa. Por último, las notas de bachillerato de los alumnos se fijaban ya en quinto, no había más que echar un vistazo a las estadísticas. Quien en quinto ya tenía una media de sobresaliente terminaría el bachillerato más o menos con un sobresaliente. Exijo, dijo Höllinger, que mañana, a sexta hora, me dé sobradas pruebas de que está al tanto de las notas medias, haga una fotocopia de los expedientes y apréndaselos de memoria. Por su propio bien. De ese modo no cometerá errores de juicio con los alumnos, y si no comete errores de juicio con los alumnos, los padres tampoco intentarán ponerle en un aprieto y se ahorrará usted un montón de tormentos legales. Asentí y traté de tomar buena nota de todo. Después Höllinger hizo una pausa que se me antojó grave y pesada. Vaya una forma de meter la pata, observó Höllinger, no saber dónde estaban las notas medias. Pero él quería correr un tupido velo sobre mi lapsus, siempre y cuando —aquí tiró un tanto de la mesa para acercarse a mí—, siempre y cuando, recalcó, también yo estuviese dispuesto a complacerlo un tanto. Naturalmente, repuse yo con alborozo, no faltaba más, lo que quisiera. Él permaneció callado un instante, no parecía estar resuelto del todo, pero entonces hizo un esfuerzo, abrió un cajón de la mesa, sacó un escrito y me dijo que tenía pensado nombrarme segundo Funcionario Secreto de Seguridad de ese año. Me miró fijamente y yo me vine abajo como un castillo de naipes. Hasta la fecha él sólo había designado a un único profesor para desempeñar ese servicio, pero ya llevaba tiempo ultimando el plan de infiltrar a un segundo FSS en el cuerpo docente. Si yo aceptaba el cargo, él no volvería a hablar de la cantidad de faltas que ya había cometido en el año escolar recién empezado. Las olvidaría. Haría como si siempre me hubiese comportado de manera ejemplar. A decir verdad, dijo, era bastante contrapartida considerando lo que ya tenía yo sobre mi conciencia: excesos con el alcohol, lugar de residencia equivocado, desconocimiento de las notas medias. Sin embargo, prosiguió Höllinger, si conseguía hacerme con *dos llaves de profesores* de ahí

a las vacaciones de otoño, él incluso estaría dispuesto a tacharme de la lista, seguro que ya tenía conocimiento de la lista, ¿no? Yo no sabía si asentir o sacudir la cabeza, así que hice un gesto ambiguo. Y bien, concluyó Höllinger, ¿aceptaba la oferta? Y clavó la vista en mí. Yo asentí mecánicamente. Entonces me tendió el papel en el que, según sus palabras, decretaba que yo, Martin Kranich, actuaría de FSS en el curso vigente. Yo debía llevar siempre conmigo ese documento, a modo de justificación y legitimación de mi cargo secreto, por si algún profesor me pillaba durante el ejercicio de mi actividad, el robo de llaves. A continuación se puso en pie y me tendió la mano, radiante. Yo esbocé una débil sonrisa y me dirigí a la puerta. Cuando ya había agarrado el pomo, Höllinger agregó: Ah, Kranich. Me volví. ¿Sí?, pregunté en voz queda. Una cosa más, dijo Höllinger sin levantar los ojos del libro que acababa de abrir: peligro de avalancha se dice *danger of avalanches*.

11

Cuando salí del despacho del director, una de las secretarias me puso en la mano una ficha plastificada y dijo con tono de consuelo: su carné. Incliné la cabeza, pero todo a mi alrededor lo percibía extrañamente borroso. No sabía si poner al corriente a alguien de mi situación y, en tal caso, a quién, y resolví contenerme por el momento y ocuparme de Pascal. Sin embargo, en el pasillo que conducía a la sala de profesores reparé en lo mucho que me había revuelto el estómago la conversación con Höllinger, y me metí en el servicio. Allí estaba solo. Me bajé los pantalones y me senté. Con el objeto de apartar mi pensamiento de lo que acababa de ocurrir, me puse a pensar en una de las teorías que Renner había referido la pasada noche en el Ratskeller. Partiendo del pensamiento jerarquizado de nuestro mundo occidental en contraposición al nivel de conciencia balinés, había terminado mencionando una diferencia fundamental entre el hombre y la mujer. En el baño, dijo Renner, las mujeres sólo se bajaban los pantalones hasta un poco más arriba de la rodilla, mientras que los hombres los dejaban caer hasta los tobillos. Allí sentado pude corroborar su teoría en mi persona, y acababa de llegar al punto de relajación del intestino que permitiría la subsiguiente abertura del esfínter cuando la puerta se abrió y alguien entró en el servicio. Todo en mí se cerró. Agucé el oído, pero no oí ni un chorro de orina en uno de los dos urinarios ni un abrir y cerrar de la puerta contigua del segundo cubículo. Quien acababa de entrar permanecía inmóvil en medio del servicio sin hacer nada. ¿Estaría espiándome? Me paré a pensar si lo que estaba a punto de hacer contravenía la disposición administrativa, pero no fui capaz de encontrar nada indecente en mi comportamiento. Finalmente se abrió la puerta del cubículo contiguo y alguien cerró

resoplando, se bajó el pantalón hasta los tobillos, como pude oír, y se sentó en el retrete. Era Bassel, pensé, que resollaba pesadamente y profería unos extraños gemidos. Por mi parte, ya no fui capaz de concentrarme en lo mío, de manera que renuncié por de pronto a mi empresa, me levanté sin hacer ruido y me subí los pantalones. De repente oí un tintineo. Su llave, pensé, la llave de Bassel. Me arrodillé y miré por abajo: la llave estaba en el suelo. Con todo, no acababa de fiarme: ¿nada más hablar con Höllinger se presentaba una ocasión así? Algo olía mal. Imaginé a Bassel sentado en el retrete de al lado con la hachuela en alto, esperando únicamente a que yo introdujese la mano por abajo para coger la llave que él había puesto de cebo. No, hice como si ya hubiese terminado de hacer lo que me había llevado hasta allí, tiré de la cadena, abrí y fui directo a la puerta, pero al salir del servicio oí la voz de Bassel al otro lado del cubículo: mira que ni lavarse las manos, Kranich.

Enfilé el pasillo deprisa hacia la sala de profesores, de la cual, lo vi ya desde lejos, salía a mi encuentro Josef Jensen. En sus labios se dibujaba una sonrisa triunfal, y al cruzarnos me susurró: la bomba hace tictac. En la sala de profesores vi que Pascal seguía en el sofá, frente a él un hombre vestido de negro. Sonó el timbre. Junto a Pascal había una cesta con biblias color vino. Pascal levantó la cesta, fue como si cargase una cruz sobre los hombros, y sin reparar en mí abandonó la sala de profesores seguido por el canónigo. Suerte, le deseé, pero no reaccionó. Así que fui a secretaría, saqué del archivo los expedientes personales de todos mis alumnos y me dirigí a la fotocopiadora. Alrededor de la fotocopiadora se apiñaban seis o siete profesores, en medio de ellos Kleible, en las tiznadas manos un tóner. Ya va, trataba de calmar Kleible a los profesores, sólo es cuestión de minutos. Vacilé un instante, me puse la chaqueta por encima, salí del edificio, fui al centro, pregunté por algún sitio donde hiciesen fotocopias, fotocopié mis expedientes, pagué, regresé, devolví los expedientes y, al hacerlo, recibí un amistoso saludo del director, que estaba en secretaría viendo trabajar a las secretarias.

12

Quedaban veinte minutos para que nos reuniésemos todos delante de la entrada occidental, cuya luz era favorable a esa hora, para sacarnos la obligada foto de grupo al inicio del año escolar, pero no tuve ocasión de echar un vistazo a los expedientes que acababa de fotocopiar, ya que a mi lado se sentó una profesora, vestida toda de gris, de cincuenta y tantos años. Sus movimientos eran un tanto bruscos, rígidos, me tendió la mano y dijo: Kniemann, historia, latín, griego y ética. ¿Y *ética*?, inquirí yo. Y ética, repitió ella. Kr… empecé yo. Ella ya lo sabía, me interrumpió, Kranich, inglés, alemán, ella, Kniemann, siempre examinaba el expediente de los recién llegados, antes incluso de que se presentaran en el centro. Había que saberlo *todo*, uno nunca debía enfrentarse a una situación sin estar preparado, siendo profesor desde luego que no. Para los alumnos uno era la fuente del saber. Había que inspirarles un respeto reverencial, a los alumnos, que se quedaran pasmados ante el dominio cultural, ante la superioridad intelectual del profesor. Acto seguido miró hacia todas partes y de repente musitó, acercándose un tanto: señor Kranich, *pregúnteme*. ¿Cómo dice?, repliqué yo. Adelante, pregúnteme *algo de historia*, lo que sea, pregúnteme, venga, Kranich, vamos. Tardé unos segundos en ordenar mis ideas antes de balbucir: muy bien, como guste. ¿Cuándo se levantó Roma, quiero decir, cuándo se fundó? No, objetó Kniemann, Kranich, concéntrese, estoy hablando de *preguntas*, preguntas *de verdad*, preguntas *difíciles*, preguntas que no pueda saber nadie que no lo sepa *todo*, hala, vamos, no tenemos todo el día. Me puse a pensar febrilmente y le pregunté quién había sido el primer ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal. Así no hay nada que hacer, repuso ella, y sacó de su cartera

un libro de historia de los cursos superiores. Venga, Kranich, busque, abra por una página cualquiera y pregúnteme. Abrí el libro y pregunté cuánto medía la Línea Sigfrido. Sí, aprobó ella, sonriendo al fin, sí, Kranich, 400 kilómetros, cerró los ojos, unos 400 kilómetros, tal vez más, más incluso, la Westwall, hablando con propiedad, añadió, construida entre mayo del 38 y agosto del 39, de Aquisgrán a Basilea, alrededor de 15.000 búnkeres. Más, Kranich, continué, no pare. Le pregunté por el Concordato de Worms. Muy bien, dijo Kniemann, 23 de septiembre de 1122, entre Enrique V y Calixto II. Más. ¿Flavio Josefo? Demasiado superficial, Kranich, profundice más, Kranich, más. Estuve preguntando unos cinco minutos, finalmente empecé a inventar preguntas, Kniemann parecía conocer el número de zapatos que calzaba Napoleón, yo no podía verificarlo, sabía de qué color tenía el pelo el Rey Sol (bajo la peluca), la talla de la ropa de Lenin y Federico el Grande, sabía cuántos instrumentos tocaba el canciller Ludwig Erhard y a qué hora se compuso la Marsellesa. Sólo palideció cuando le pregunté cuántas dioptrías tenía el político Franz-Josef Strauss. Me quitó el libro de la mano, ligeramente enfadada, al parecer, se levantó y se fue a su sitio. No pude ver qué hacía, porque en ese mismo instante una profesora joven, menuda y con gafas se abalanzó hacia mí. ¿Me había vuelto loco?, me chilló. ¿Qué pasa?, inquirí perplejo. ¿Cómo tenía el descaro de llevar una camisa negra? No la entendía. Se llamaba Hilde Bräunle, alemán, francés. Kranich, empecé yo… Era la coordinadora de la foto del profesorado. ¿Acaso no había recibido su carta? ¿Qué carta?, pregunté. La carta en la que se especificaba con qué ropa había que presentarse ese martes para dar clase. No, negué, no había recibido ninguna carta. Lo que faltaba, espetó, y me tendió una lista. Aquí lo pone, dijo, bien clarito, *Kranich, parte de arriba de color claro*. Repuse que no entendía… El fotógrafo, aclaró ella, sólo puede hacer la foto si los profesores alternan una parte superior oscura y una clara. El contraste, ya sabe. Hacía años que ella, Hilde Bräunle, se encargaba de comunicar por carta a los profesores con qué ropa debían aparecer el día de la instantánea, una labor de coordinación nada sencilla, ya que había que tomar en consideración infinidad de cosas: algunos profesores se negaban en redondo a vestir de negro a no ser en los funerales; otros no tenían ninguna prenda de color claro en el

guardarropa; además había que tener en cuenta la altura de los profesores, es decir, a quién podía colocar en qué fila para no tapar a un profesor de menor estatura. Había invertido horas en la planificación, eso sin contar el envío de las cartas. Y ahora yo tenía el descaro de echar su trabajo por tierra. Era inconcebible que el fotógrafo apretara el disparador con tres profesores juntos vestidos de oscuro. Asentí. ¿Qué se podía hacer?, pregunté. La señora Bräunle se sentó y se tranquilizó. A ver, repuso, a su juicio había tres posibilidades. ¿Cuáles?, me interesé. O me dejaba fotografiar con el torso desnudo. No, me apresuré a decir, de eso ni hablar. O, continuó Bräunle, renunciaba a hacerme la foto. ¿Y la tercera posibilidad?, quise saber. Que algún profesor tuviese por casualidad una segunda parte de arriba de color claro que pudiera prestarme, replicó Hilde Bräunle. Bien, dije, lo preguntaría. Entonces sonó el timbre, era la una, me puse en pie y pregunté a todo profesor que me encontraba si tenía otra parte de arriba de color claro, nadie podía ayudarme, tan sólo Achim Renner dijo que tenía una idea. Salió corriendo y volvió justo a tiempo del gimnasio con una camiseta de deporte amarilla que yo me puse mientras corría hacia la entrada oeste, donde, con la lengua fuera, me dispuse a esperar al clic del fotógrafo mientras me daba cuenta de que toda la presión acumulada en el estómago me rugía ahora en las tripas. Recordé la sentada interrumpida en el servicio de los profesores y esperé que el fotógrafo se diera prisa, lo cual, sin embargo, no fue el caso. Sólo nos soltaron al cabo de diez minutos, y yo salí disparado al cuarto de baño con mi camiseta de deporte amarilla.

Cuando, después de un buen rato, salí del servicio, el centro ya estaba bastante tranquilo. Busqué a Pascal, pero no lo vi por ninguna parte. Ni siquiera había aparecido para la foto, lo cual me inquietó. Finalmente cogí las fotocopias de los expedientes de los alumnos y abandoné el centro, atravesé el paso subterráneo a buen ritmo, el acordeonista no estaba, y volví a Stuttgart. En el tren me encontré un diario de Göppingen, del que arranqué algunas ofertas de pisos. Ya en casa, comí algo que empezaba a estropearse en la nevera; mientras comía puse los expedientes de mis alumnos sobre la mesa de la cocina y comencé a memorizar las notas medias. Más de una vez estuvieron a punto de cerrárseme los ojos, pero me controlé. A eso de las ocho ya tenía las notas bien asentadas en la

cabeza, y me puse a preparar las clases del día siguiente. Lo haré a conciencia, me dije, y eran las dos de la mañana cuando por fin me levanté de la mesa. Había llegado al límite de mis fuerzas, pero aún conseguí sacar mi libro de historia, apuntar doce preguntas espinosas y echarlas a la cartera con el objeto de estar preparado para mantener conversaciones adicionales con la señora Kniemann. Al desvestirme constaté que todavía llevaba la camiseta de deporte amarilla, me tumbé, me aovillé en las almohadas, di un largo y apacible bostezo y, cuando estaba a punto de quedarme dormido, me pegué un susto de muerte que me espantó el sueño. Me incorporé en el acto y me di una palmada en la frente. ¡La reunión de departamento! ¡Inglés! ¡Esa tarde! ¡Después de la foto! La había olvidado por completo. En vez de ir había entrado en el servicio, después me había puesto a buscar a Pascal y no lo había encontrado. El corazón empezó a latirme tan aprisa que no pude pegar ojo en toda la noche.

13

Completamente amodorrado y exhausto me aproximaba a mi tercer día de clase en el ERG. Me había pasado la noche entera dando vueltas por la casa, pensando a la desesperada qué explicación daría por haber faltado a la reunión de departamento. Temía que la señora Klüting hubiera puesto mi descuido en conocimiento del jefe. En tal caso, pensé mientras iba en el tren, todo estaría perdido, ni siquiera hacerme con las llaves me ayudaría. De pronto me vino a la cabeza mi cometido secreto y empecé a darle vueltas a cómo podía sustraer llaves. ¿A quién le podía birlar la llave? A quién y ¿cómo? ¿A Linnemann? No, ya había recibido su merecido. ¿A Miller, el bibliotecario? Demasiado precavido. ¿A Kniemann? Quién sabe… Cuando entraba en el centro me encontré al señor Krämer, que dijo apático: me quedan seis semanas y tres días. Dos días, le corregí. ¿Cómo?, inquirió él. Se olvida del tres de octubre, apunté, y Krämer asintió en señal de reconocimiento. En la sala de profesores busqué en primer lugar a la señora Klüting con el objeto de mantenerme apartado de ella el máximo tiempo posible. Por suerte todavía no había llegado. Quizá tuviera la primera hora libre. Sólo entonces me percaté del extraño ambiente que se respiraba en la sala de profesores, todos cuchicheaban, una nube invisible se cernía sobre la cabeza de los profesores, que intercambiaban información de mano en mano. Kleible me saludó diciendo: los blancos. Yo lo saludé con la cabeza. Josef, algo alejado, enarcó significativamente las cejas. La bomba ha estallado, dijo a mi lado Renner, han llamado por teléfono. ¿Quiénes?, pregunté. Los blancos, respondió Renner. ¿A quién?, inquirí. Al director, respondió Renner. ¿Cómo lo sabía?, pregunté yo. Las secretarias, contestó Renner, habían escuchado la

conversación telefónica por la tarde, después la señora de la limpieza había escuchado a las secretarias y le había pasado la información a Josef. Entonces entró en la sala de profesores Klüting, y a mí me habría gustado meterme debajo de una mesa, pero ella pasó por delante, me saludó con amabilidad y no dijo ni palabra de mi ausencia del día anterior, lo cual, por un lado, me alivió, pero al mismo tiempo me dejó preocupado, pues no sabía qué significaba que estuviera pasando por alto mi falta. Busqué a Pascal y, al no verlo por ninguna parte, empecé a preocuparme. Luego sonó el timbre y tuve que irme a 10.º D, donde los alumnos me habían dejado en la mesa una de esas bolas de cristal llenas de líquido en las que nevaba al sacudirlas. Saludé a los alumnos, sacudí la bola y me alegró ver la nieve, que caía despacio sobre la casita y las diminutas personas que había dentro. A continuación dije: *snow*, y los alumnos aplaudieron. En los cinco minutos de cambio vi la primera llave huérfana en una de las mesas de los profesores y mi respiración se aceleró. Imposible saber de quién era la llave, miré por todas partes, pero dudé demasiado, ya que Bruns se lanzó sobre ella profiriendo un grito y la cogió, la cara como un tomate. Después oí un taponazo y al fin vi a Pascal, que acababa de abrir una botella de champán y, rodeado por seis, siete profesores, servía la bebida en vasos. Pascal, le dije, ¿qué ocurre? Éste me ofreció un vaso y todos brindamos y bebimos. A continuación un profesor recogió los vasos vacíos y se deshizo del cuerpo del delito. Le habían puesto un sobresaliente, dijo un Pascal radiante. ¿Y eso?, exclamé yo con alegría, dándole unas palmaditas en la espalda. Había dado una clase excelente, contó. ¿Sin preparar?, quise saber. Claro, replicó él, excelente. El mismísimo canónigo se lo había confirmado. Y ¿qué había hecho en la clase?, me interesé. Pascal nos miró a todos. De entrada, comenzó, había hecho rezar a los muchachos, durante diez minutos, todas las oraciones que él, Pascal, aún recordaba vagamente, y había puesto el mayor empeño en la corrección de las plegarias, *Venga* a nosotros tu reino, corrigió a los chicos, *venga*, no viene, presente de subjuntivo, dijo, *Hágase* tu voluntad, *hágase*. ¿Quién sabía cuál era el pretérito perfecto de subjuntivo de *hacer*?, les preguntó a los chavales. ¿Quién podía conjugarlo entero? ¿Quién sabía lo que significaba *bendito*? ¿Quién le podía decir un sinónimo de *bendito*? Tras esa fase inicial sacó las

biblias e hizo leer en voz alta a los chicos distintos pasajes. Durante treinta minutos. Eso había sido todo. Para terminar pronunció una última oración y pidió la bendición del canónigo, que él, Pascal, y toda la clase recibieron de rodillas. Precisamente este último acto le causó una fuerte impresión al canónigo. Después Pascal y el canónigo se retiraron a hablar de la clase a un aula vacía, pero justo cuando el canónigo iba a criticar en detalle la clase, él, Pascal, dijo que se entregaba en cuerpo y alma al sabio juicio del canónigo y que, en lugar de desperdiciar los preciosos cuarenta y cinco minutos siguientes con palabras superfluas, prefería velar y rezar con él, el canónigo. El canónigo asintió y no sólo rezó durante los cuarenta y cinco minutos restantes, sino que además invitó a Pascal a acudir con él a la iglesia del Señor, donde ambos pasaron la noche sumidos en silente meditación. A su temerosa pregunta, la de Pascal, de si le retirarían la *missio*, el canónigo replicó que jamás un profesor había sido más merecedor de ella que él, Pascal. Nosotros aplaudimos. Luego sonó el timbre, y cuando nos disponíamos a dar la segunda clase del día, el altavoz de la sala de profesores dejó escapar la voz del director, fría y hueca. Decía que, después de segunda hora, convocaba a todos los profesores a una breve reunión extraordinaria. Con el objeto de garantizar la puntualidad, la siguiente hora finalizaría cinco minutos antes de lo habitual. Los profesores acudieron a sus respectivas clases en silencio. Josef me adelantó ágilmente y yo vi que se llevaba la mano a la espalda y levantaba el pulgar derecho.

Para llegar al aula de mi quinta clase tenía que pasar por delante de la sala de reuniones, cuya puerta se abrió de repente. ¡Kranich!, oí decir. Reconocí entre las sombras de la habitación a la señora Kniemann. ¿Sí?, dije. Entre, pidió Kniemann. Repuse que tenía clase… Ella lo sabía, pero tenía que hablarme de algo importante. Pasé y cerré la puerta. *Tener respuesta*, fue lo primero que me soltó. Yo, Kranich, había cometido el pecado mortal del profesor, una monstruosidad imperdonable. Ella, Kniemann, se había pasado tres horas al teléfono el día anterior. Primero había llamado a un amigo que militaba en el CDU. Éste no sabía nada y le había pasado con un miembro del CSU, al cual ella había tirado de la lengua a conciencia. Cuando él se enteró de que ella, Kniemann, se interesaba por el número de dioptrías de su antiguo soberano, fue

de lo más grosero. No estaba dispuesto a permitirlo, dijo. La gente siempre estaba intentando ensuciar la memoria del mayor hombre de Estado bávaro del siglo XX. Y colgó furioso. Entonces ella tuvo que llamar de nuevo a su amigo del CDU, que la puso en contacto con otros tres afiliados al CSU. Dos de ellos no habían podido ayudarla, con el tercero ella, Kniemann, se hizo pasar por una profesora adjunta de la universidad de Bamberg que preparaba su doctorado sobre la *Importancia del ideario de Strauss para una reforma exhaustiva de la política actual* y, por ese motivo, tenía algunas preguntas personales para la hija de Strauss. Así es como consiguió el número, contó Kniemann. Entonces llamó en el acto a la hija de Strauss y le preguntó cuántas dioptrías tenía su padre. A la hija le divirtió un tanto la pregunta de Kniemann y quiso saber por qué estaba interesada en conocer ese dato. Kniemann se lo explicó, y a continuación la hija de Strauss le dijo que lo sentía, que no podía responder a su pregunta, su padre nunca había llevado gafas, su vista había sido perfecta hasta el final. Entonces ella, Kniemann, repuso que no era posible, que le habían planteado una pregunta, la pregunta se refería a las dioptrías de Franz Josef Strauss, la pregunta la había hecho un profesor, de manera que tenía que tener respuesta. Sin embargo la hija de Strauss aseguró que la cosa era tal y como ella le había dicho, y Kniemann tuvo que colgar sin haber logrado su propósito. Y yo, Kranich, debía tener presente algo de una vez por todas: nunca más, dijo Kniemann, y repitió, nunca más debía hacer una pregunta que *no tuviera respuesta*. Siempre, concluyó Kniemann, y me grabó esta palabra en la frente, siempre tenía que comprobar si mis preguntas podían responderse. Una pregunta que no podía responderse no era una pregunta, sino una monstruosidad, un insulto al que se preguntaba, una desfachatez. Ella quería proteger a mis alumnos de mí y no podía esperar ni un segundo más para comunicármelo. Le pedí disculpas y pregunté si podía irme. Cuando ella asintió, ceñuda, le pregunté si en lugar de las dioptrías de Strauss podía decirme algo de Carlos el Calvo. Naturalmente, Kranich, replicó ella, y su semblante se iluminó un tanto, Carlos el Calvo, contó, nacido en Fráncfort del Meno el 13 de junio de 823, fallecido en Avrieux el 6 de octubre de 877, Carlos se alió con Luis contra el emperador alemán Lotario I. Salí al pasillo, saqué de la cartera la nota que

había preparado la noche anterior e inquirí: ¿Verdún? Verdún, repitió Kniemann, y me siguió mientras decía: 843, tratado, reino franco occidental. Para entonces yo ya estaba a la puerta de mi clase, la mano en el pomo. ¿La Lotaringia?, pregunté. La Lotaringia, dijo Kniemann, la ocupó en 869, pero tuvo que compartirla, el Calvo, con Luis el Germánico. No oí más.

14

El percance me hizo llegar diez minutos tarde, pero, según la orden del director, la clase debía finalizar cinco minutos antes, y acaté dicha orden adrede. Después me reuní con los demás en la sala de profesores y me dispuse a esperar. El director entró en la estancia, tras él Bassel. Los profesores se levantaron como movidos por un impulso interior. Siéntense, pidió el director. Se sentaron. Yo me quedé de pie a la entrada, apoyado en la pared, junto con los otros nuevos. En el cuerpo docente, comenzó el director, habían anidado elementos subversivos que él deseaba arrancar de raíz. El pensamiento arraigado, me susurró Renner, ¿qué te había dicho yo? El día anterior él, Höllinger, había recibido una llamada desfavorable de la Delegación. Nunca en sus veinticinco años de carrera, de profesor en prácticas a director, había recibido una llamada desfavorable de la Delegación. Aquélla, la del día anterior, era la primera. Y ¿por qué? Hizo una pausa dramática. Por una queja. Los profesores tosieron. De fuera, puntualizó Höllinger. Silencio. De la directora Wirtz. Cuchicheos y ruidos de pies. Todos ustedes conocen a la directora Wirtz y saben la clase de persona que es, prosiguió Höllinger. Se ha quejado de que en las reuniones desacredito su centro. El director bebió un poco de agua que Bassel le había servido y carraspeó. A oídos de la directora Wirtz, dijo Höllinger, había llegado el rumor de que él, Höllinger, había hablado despectivamente de su centro educativo, el KNOGY, y ella había comunicado a la Delegación que él, Höllinger, en el transcurso de la reunión de inauguración del curso académico, le había reprochado a Kracht, compañero oriundo de Göppingen, que hubiese estudiado el bachillerato en el KNOGY en lugar de hacerlo en el ERG, como correspondía a un buen ciudadano de Göppingen.

El barullo en la sala de profesores aumentó, todo el mundo se miraba, tan sólo Josef Jensen permanecía sentado tranquilamente en una silla, radiante. Todos sabían lo que eso significaba, agregó Höllinger: *tenemos un topo en el cuerpo docente*. La alarma cundió entre los profesores, y se profirieron los primeros gritos, quién era, inaudito, que diera la cara, en el acto, menuda desfachatez, divulgar asuntos internos, y sobre el director, para más inri; había que acabar con el topo. El director levantó la mano y por un instante se hizo el silencio. Un topo, repitió Höllinger, aquí, entre nosotros, en el cuerpo docente. Alguien que va contando fuera lo que se dice aquí, en el cuerpo docente, y no sólo fuera, no, sino lo más fuera posible, al KNOGY. Höllinger hizo una pausa y a continuación dijo que, a partir de ese momento, le daba al topo siete minutos para que se identificara. Hasta que sonase el timbre. En caso de que, transcurrido ese tiempo, el topo no hubiera dado la cara, él, Höllinger, se vería obligado a tomar las medidas oportunas. Silencio. El director se sentó y, seguro de su triunfo, estiró las piernas. Su mirada descansó en Josef Jensen, que no tenía la menor intención, ni tan siquiera dando un respingo, de revelar que él —de ello estaba yo firmemente convencido— era el culpable. No, Jensen estiró asimismo las piernas y se retrepó, de manera que, al cabo de un rato, Höllinger clavó la vista en Renner. Éste, que no tenía de qué arrepentirse, esbozó una sonrisa beatífica. Höllinger me miró, si bien sólo un instante, no parecía dudar de mí. Scharinger, Kleible, Linnemann, poco a poco su mirada fue posándose en cada uno de los profesores, nadie decía nada. El tiempo pasaba, y Höllinger consultaba el reloj cada vez más a menudo, se tiraba de la oreja. Cuando sonó el timbre palideció, se inclinó hacia Bassel, habló brevemente con él, asintió y volvió a escrutar a los presentes. Su voz ya no sonaba tan segura como al principio, cuando comunicó que acababa de decidir, en *petit comité* con la dirección, dispensar a los alumnos de asistir a las clases el resto del día. Antes de pensar de nuevo en dar una clase como era debido había que desenmascarar al topo. Entretanto Bassel se había levantado y había abandonado la sala de profesores. Höllinger dijo: nos quedaremos aquí hasta que el culpable dé la cara. Y volvió a sentarse. Nadie se movió. Bassel regresó con un montón de papeles bajo el brazo que colocó en el tablón de anuncios. Desde donde yo estaba pude ver lo

que ponía, en grande, en las hojas: 5.º A, se suspenden las clases a partir de tercera hora; 5.º B, se suspenden las clases a partir de tercera hora; grupo 5.° C, se suspenden las clases a partir de tercera hora, y así sucesivamente hasta llegar a los cursos de 12.º y 13.º. Höllinger jugueteaba nervioso con el lapicero. Bassel tomó nuevamente asiento a su lado, resopló y se aflojó la corbata. El tiempo pasaba. Nadie se movía. Todos miraban al frente en silencio o a algún colega con suspicacia. Al cabo de media hora Höllinger cambió de táctica. Muy bien, dijo, estaba dispuesto a hacer ciertas concesiones con el culpable. Tal vez lo que intimidase al topo fuera la confesión abierta. Por consiguiente él, Höllinger, acababa de decidir en *petit comité* con la dirección —el director lanzó una breve mirada a Bassel, que asintió diligente— interrogar a cada profesor por separado. A tal efecto se dirigiría a la biblioteca de profesores. Nosotros, los profesores, teníamos que comparecer ante él por orden alfabético, uno por uno, sin excepción. Dicho eso se retiró a la biblioteca y cerró la puerta. Bassel fotocopió un listado con el nombre de los profesores, le llevó una copia a Höllinger, se plantó con la otra en la puerta de la biblioteca y fue llamando uno por uno a los profesores. Ammel, empezó. ¡Yo no he sido!, gritó la señora Ammel, ¡yo no he sido! Eso dígaselo al director, espetó Bassel, al tiempo que la empujaba para que entrase en la biblioteca. Cuando me tocó el turno, seguro de mi inocencia, entré en una biblioteca completamente a oscuras, el director no sólo había bajado las persianas, sino que también había corrido las cortinas. Permanecí allí inmóvil y pregunté: ¿dónde está usted? Entonces se encendió un flexo, a mi lado. Siéntese, ordenó Höllinger. Me senté. No tiene sentido mentir, afirmó Höllinger, lo sé todo. ¿El qué?, inquirí yo de cara a la luz. Ha sido *usted,* soltó Höllinger, Jensen ha confesado. ¿Jensen?, repetí. Jensen, confirmó Höllinger, ha prestado una extensa confesión, lo ha referido todo acerca del encuentro en el Ratskeller, del GC, así que adelante, confiese. No, negué yo, soy inocente, es más bien Jensen el que, el que… ¿Sí?, aguzó el oído Höllinger… el que ha mentido, aseguré, y me dio la sensación de haber escapado por los pelos de una trampa. Höllinger insistió un rato más antes de caer en la cuenta de que no me sacaría nada. Antes de soltarme sacó un papel del bolsillo y dijo: muy bien, Kranich, dispare: ¿Bernd Bade, 9.º A? Bien, repuse yo. ¿Tina

Willems, 10.º D? Notable, dije. ¿Alexander Schneider, 8.º A? Suficiente, fue mi respuesta. ¿Höllinger, Horst, 10.º D? ¡Sobresaliente!, exclamé.

15

Fuera, después de dar un hondo resoplido, me crucé con la mirada de la señora Klüting. El interrogatorio del director me había dejado con la conciencia intranquila, de forma que resolví hacer las paces. Me acerqué a la señora Klüting y le dije: señora Klüting, quería disculparme por faltar ayer a la reunión del departamento. ¿Ah, sí?, preguntó Klüting. Se me, comencé… olvidó. La señora Klüting replicó en tono amable que no pasaba nada, que no valía la pena mencionarlo, antes bien, ella, bueno, a decir verdad su marido, tenía que agradecerme que hubiese faltado. Me quedé perplejo. ¿Por qué?, quise saber. Por la bicicleta, replicó la señora Klüting. No entendí ni palabra de lo que decía, pero me alivió ver que había salido bien librado de aquello. Yo ya iba a escabullirme, por miedo a que cambiara de opinión, pero la señora Klüting me retuvo diciendo, vaya, vaya, Kranich, ¿es que no quiere saber por qué libro de texto nos hemos decidido? Por el *G2000*, espero, dije. Ni que decir tenía, contó Klüting, que todos los profesores que habían asistido a la reunión habían escogido, en votación secreta, el *G2000* de Cornelsen, las razones eran palmarias. Sin embargo justo cuando iba a hacer constar el resultado de la votación en las actas la puerta se había abierto de golpe. Hizo una pausa. Alguien había irrumpido en la sala de reuniones. ¿Quién?, me interesé. Las ranas, respondió ella, cinco. ¿Las ranas?, repetí. Representantes de Klett, aclaró Klüting, de verde. Entraron como una exhalación en la reunión y su portavoz instó a los profesores a quedarse con Klett. En ninguna otra editorial de libros de texto, afirmó el portavoz de las ranas, se concedía tanta importancia a lo *visual* como en los libros de Klett. Y a ellos, los profesores, no hacía falta que les explicara cuán fundamental era lo visual en la enseñanza. Los muchachos,

explicó el portavoz, sólo aprenderían algo si les presentaban las cosas de manera concreta, visual. La enseñanza de vocabulario sólo era posible si se relacionaba la palabra nueva, desconocida, con un objeto que se correspondiera con la palabra o con una acción que se correspondiera con la actividad. La verbalización, dijo el hombre de Klett, no servía para nada. ¿Los antónimos? Eran inútiles. La palabra mágica era visual. Una vez, hacía años, él, el portavoz, había presenciado una clase memorable que había confirmado más si cabía su opinión. Por aquel entonces, comenzó a contar el portavoz, por aquel entonces él todavía no era una rana, sino que trabajaba con los blancos, y un frío día de enero hubo de organizar una evaluación práctica de inglés. Curiosamente el profesor en prácticas que ese día se sometía al examen no mostraba el nerviosismo habitual de sus compañeros, no caminaba arriba y abajo en la sala de profesores, blanco como la pared, ni estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios cuando aparecieron los dos examinadores, es decir, él, presidente del tribunal examinador por aquel entonces, y el tutor del profesor en prácticas. El profesor en prácticas, seguro de su triunfo, estaba sentado tan tranquilo, había tomado café y no se había alterado lo más mínimo al ver a los examinadores. Se levantó poco antes de que sonara el timbre, cogió su cartera y entró sin más en la clase, seguido de los examinadores. El curso era un séptimo; el tema, la violencia, ampliación del campo semántico. La clase empezó de lo más monótono. El profesor en prácticas hizo alusión a la incertidumbre que vivían los profesores en prácticas en general, a la gran competencia existente entre ellos, y después añadió de repente que sus posibilidades de conseguir empleo en la docencia aumentarían considerablemente si se quitaba de en medio a sus rivales. Acto seguido se sacó una pistola del bolsillo: la atención de los alumnos se aguzó de golpe. El profesor en prácticas se dirigió hacia el armario empotrado, lo abrió, sacó a un compañero suyo atado y amordazado, dijo alto y claro las palabras *to kill* y le descerrajó un tiro. El compañero se desplomó junto a la mesa del profesor, bañado en sangre. Con el objeto de contrarrestar los gritos de horror de los alumnos de séptimo, el profesor en prácticas disparó al aire. Y se hizo el silencio. Sólo algunas chicas siguieron sollozando quedamente. Después, en la siguiente fase, el profesor en prácticas obligó a los alumnos a repetir

varias veces las palabras *to kill*, no sin instar a los alumnos, cuya voz ahogaban las lágrimas, a que hablasen más alto. Como era de rigor, posteriormente el profesor en prácticas escribió en el encerado las palabras *to kill*, ya que, como ellos, los profesores, bien sabían, en la enseñanza de una lengua extranjera la pronunciación de una palabra siempre había de preceder a su escritura y su lectura. A partir de las palabras *to kill* el profesor en prácticas pudo enseñar otros vocablos importantes a los muchachos de manera visual, señalando tan sólo el equivalente que tenían delante. *Blood, bullet, body*, pero también casquillo, humo y trazas de disparo. A continuación, en un *mind map* cada vez más amplio, llegó a hablar del estado de los alumnos, haciendo que los chavales repitieran palabras como miedo, gritos, trauma, lágrimas y horror y escribiéndolas después en el encerado. Con mano temblorosa, los chicos copiaron en sus cuadernos, empapados de lágrimas, lo del encerado. Él, el portavoz de las ranas, y el tutor seguían boquiabiertos la escena y con la agitación olvidaron por completo anotar —como debían— los errores cometidos por el examinando en las hojas de evaluación dispuestas a tal efecto. Al finalizar la clase el profesor en prácticas hizo repetir la palabra *suicide* y la escribió en el encerado antes de meterse la pistola en la boca y apretar el gatillo. Los chavales siguieron sentados un instante, callados, y después se levantaron chillando. Sin embargo, antes de que pudieran salir del aula, el profesor en prácticas y su compañero se pusieron en pie y se limpiaron la sangre de pega del rostro. Los alumnos, atónitos y embobados, volvieron a sentarse, de manera que la clase al final dio otro fantástico giro y se centró en la palabra *fake*. Los alumnos y alumnas que asistieron a esa clase nunca, aseguró el líder de las ranas, nunca, de ello estaba completamente seguro, nunca olvidarían una clase tan visual y sobresaliente desde el punto de vista didáctico. Las palabras *kill, smoke* y *fear* se habían quedado grabadas para siempre en la mente de los muchachos. Y con ese ejemplo quedaba bien patente lo necesario que era lo visual en la enseñanza del vocabulario. Para explicarles a los chicos el significado de la palabra *car* no bastaba con hacer un simple dibujo con tiza en el encerado y tampoco bastaba con llevarles un coche en miniatura. *Car* no era ni un dibujo hecho con

tiza ni un coche en miniatura, *car* era única y exclusivamente un coche real, auténtico, que circulaba por una carretera asfaltada. Por ese motivo había que llevar a la clase un coche real, verdadero, idéntico al original, algo que, teniendo en cuenta las limitaciones del espacio, lógicamente no se podía hacer. No obstante, afirmó el portavoz, se podía hacer que los chicos miraran al patio. Antes de que diera comienzo la clase se podía aparcar el coche en el patio, de forma que al mirar por la ventana lo vieran de inmediato. Y dado que la editorial Klett era famosa por su generosa provisión de toda clase de material visual, quería pedirles a los profesores que se asomaran a la ventana para ver dónde ellos, las ranas, habían dejado algunos de los objetos, reales y de tamaño natural, que aparecían en las primeras *units* de *Greenline*. Los profesores, continuó Klüting, se acercaron a la ventana y vieron un car, varias *bikes* y *televisions, radios* y demás objetos. Esas cosas, dijo el líder de las ranas, eran suyas, de los profesores, desde ese mismo instante, para que en adelante la enseñanza de los cursos inferiores, caracterizada por la mayor cantidad posible de material visual, fuera aún mejor. Acto seguido los profesores aplaudieron a rabiar y comenzaron a repartirse los objetos mientras ella, Klüting, firmaba un contrato con los representantes de Klett en virtud del cual durante los próximos diez años no se emplearían más libros de texto que los verdes. Las ranas levantaron el campamento satisfechas y los profesores abrieron una botella de champán. La señora Klüting concluyó sus explicaciones apuntando que al faltar el día anterior yo mismo me había castigado, ya que la bicicleta que iba destinada a mí había pasado a manos de su marido, profesor de inglés en el baluarte de la Klett, el KNOGY. No importa, repuse yo aliviado, mientras no haya más problemas. Klüting sacudió la cabeza, y justo en ese momento oí que alguien le daba una patada por fuera a la puerta de la sala de profesores. Me aproximé, abrí y vi a una alumna de unos quince años que sostenía en las manos algo que no pude distinguir. Me preguntó si podía *darle aquello* a la señora Hoffner. Yo asentí, extendí las manos, y la alumna me echó un montón de chicles endurecidos, secos, ya mascados y, por lo visto, arrancados de las mesas de los alumnos antes de dar media vuelta y desaparecer. Dejé los chicles en la mesa de la señora Hoffner y dije que me habían pedido que le *diera aquello*. Excelente, exclamó la

señora Hoffner, y empezó a contar los chicles, 12, 14, 16, 18, 20, muy bien, la primera vez cinco, la segunda diez, la tercera veinte. Entonces me miró y dijo que a ella le daba lo mismo, que sólo existía una regla: quien lo come, lo quita.

16

Cuando por fin hubo terminado el interrogatorio el director salió de la biblioteca. Llevaba el cansancio escrito en el rostro. Se había colocado una flor en el ojal de la chaqueta y se sentó con la cabeza gacha. Estaba ronco. Quería *pedirle* al topo, dijo, y todos guardaron silencio, que se descubriera. Él, Höllinger, lo había intentado todo. Era la una y todos teníamos hambre. Prometía que al topo no le pasaría nada. Le aseguraba al topo, allí y en ese momento, en el claustro de profesores, ante más de setenta testigos, absoluta impunidad. Los profesores no se movieron. El director, pugnando por respirar, tragó saliva y continuó. ¿En qué lugar quedaba él ahora ante la Delegación? Un director que era incapaz de desenmascarar a un topo que se movía a sus anchas entre el profesorado. Un director incompetente, fracasado. Según órdenes estrictas, él, Höllinger, tenía de plazo hasta las dieciséis horas de ese mismo día para comunicar el nombre del topo a la Delegación. En caso contrario —en este punto calló y se enjugó el sudor de la nuca con un pañuelo—, en caso contrario se abriría una comisión de investigación. Los profesores se sobresaltaron. Todos nosotros sabíamos lo que eso significaba, prosiguió el director. Vendrían los blancos. Por la mañana análisis de todo lo sucedido en las clases y la dirección, por la tarde, interrogatorios individuales. También lo interrogarían a él, el director. Así que lo suplicaba una vez más. Siguió sin moverse nadie. En ese caso, aseguró el director, no le quedaba más remedio: que decidiera el destino. Los profesores permanecieron un instante en silencio y a continuación se animaron mutuamente entre susurros y se secaron las manos en las perneras de los pantalones. Bassel le pasó la lista de profesores a uno de los profesores en prácticas, que la plastificó con esmero en la

laminadora que había junto a la fotocopiadora, y luego Bassel redujo la lista así reforzada a pequeñas tiras e introdujo cada una de las tiras en el sombrero que Gräulich acostumbraba a llevar para ocultar el peluquín, ya que no sabía que todos sabían que era un peluquín. Acto seguido Höllinger cerró los ojos, sacó una tira, miró en derredor y anunció: el topo es… la señora Ammel. Escuchamos un grito y vimos caer como muerta a la señora Ammel, que se había puesto en pie de un salto, en brazos de Hilde Bräunle. Luego el director dejó la sala de profesores.

Después de almorzar con algunos compañeros en el Frühlingstau, me subí al tren camino de Stuttgart meditabundo, no deseando otra cosa que meterme en la cama tranquilamente a dormir. Me hallaba en un vagón sin compartimentos y no prestaba atención a la gente que pasaba por el pasillo. Cuando el tren se detuvo en Plochingen, uno de los que se apeaban me echó de repente un papel en el regazo en el que ponía con toda claridad: «Estación de Stuttgart, 21.00.» Me giré y acerté a ver aún que alguien vestido completamente de rojo abandonaba el vagón y se apeaba. El tren se puso de nuevo en marcha. El de rojo me daba la espalda en el andén, inmóvil. Miré la nota desconcertado, sin saber qué pensar.

Nada más llegar a Stuttgart me tumbé en la cama. Como ese día se habían suspendido cuatro clases, ya lo tenía prácticamente todo listo para el día siguiente. Cuando abrí de nuevo los ojos, no había puesto el despertador, ya había oscurecido. Me di una ducha, me fumé tres cigarrillos y salí de casa a las nueve menos cuarto. Ya en el mundo subterráneo de la estación, me apoyé de manera que se me viera bien en una de las mesas altas del Café Marché, situadas al otro lado de una cristalera. Fumé, me froté el pie contra la pata de la mesa de madera beis, toqueteé las migas que había encima, y estudié con sumo detalle cada una de las letras de un neón en el que decía: «Stuttgarter Hofbräu.» Cuando, al cabo de unos diez minutos, me di la vuelta, el hombre del abrigo rojo estaba detrás de mí, llevaba un sombrero y unas gafas de sol. No se mueva, ordenó, no me mire, debajo de la mesa hay un maletín negro, cuando me haya ido espere diez minutos, coja el maletín y váyase a casa, el número de la combinación lo encontrará en el sótano de su centro, en audiovisuales, al dorso del vídeo *The Grapes of Wrath*. Luego

desapareció. Esperé diez minutos, durante los cuales estuve intranquilo, intentando rozar el maletín con el pie, cosa que logré, y una vez transcurrido el tiempo indicado pude agacharme con elegancia y discreción, agarré el maletín y me dispuse a marcharme sin volverme. ¡Eh!, me gritó alguien, y me quedé paralizado. ¿Es que no va a pagar el café?

17

Por la noche no podía dormir. Inspeccioné el maletín largo tiempo e intenté abrirlo, en vano, con ayuda de una lima de uñas y un destornillador. A las veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos pusieron en la tele *El apartamento*, la película de Jack Lemmon. Cuando, poco antes del final, el menudo oficinista C. C. Baxter, alias Jack Lemmon, le niega a su jefe, J. D. Sheldrake, interpretado por Fred MacMurray, la llave de su apartamento, el apartamento de Baxter, utilizado durante años como picadero, diciendo: «con la señorita Kubelik no» y, en un acto de infinito desprecio, le tira en la mesa a Sheldrake la llave del lavabo de ejecutivos, lo cual origina su despido inmediato y su descenso a la nada, se me puso un grueso nudo en la garganta, y luego cuando en la escena final la maravillosa señorita Kubelik, interpretada por Shirley MacLaine, mientras alguien canta *Auld Lang Syne*, abandona a medianoche a su amado Sheldrake y corre al apartamento de Baxter en mitad de la fría Nochevieja, cuando la señorita Kubelik escucha un ruido procedente del piso de Baxter y cree que éste se ha pegado un tiro, cuando ella aporrea como loca la puerta y Baxter abre, sorprendido, con una botella de champán que acaba de descorchar, cuando la señorita Kubelik entra en el apartamento de Baxter, se quita el abrigo y se sienta en el sofá junto a Baxter, cuando coge las cartas y baraja, cuando Baxter dice las maravillosas palabras: «La amo, señorita Kubelik», cuando la señorita Kubelik no lo mira ni le declara a su vez su amor, sino que pronuncia la frase que ha pasado a la historia del cine: «Cállate y juega», no pude contener más las lágrimas. Me imaginé arrojando mi llave en la mesa de Höllinger, aunque sabía que nunca llegaría a renunciar a todo e irme sin más, sin saber adónde.

A la mañana siguiente tomé a propósito un tren a primera hora para escuchar al hombre del paso subterráneo. Tocaba la misma canción, y lo miré sin disimulo. ¿Así pintaba mi futuro?, pensé. ¿Acabar en el paso subterráneo o continuar mangoneado por Höllinger y los blancos? Me aparté del acordeonista. No, pensé, seguiré adelante, lo daré todo. Hoy mismo, pensé, hoy mismo conseguiré dos llaves para Höllinger, así me tachara de la lista y todo irá bien. Firmemente decidido enfilé hacia el centro. En ese preciso instante salía el señor Krämer del garaje subterráneo, dije: seis semanas, un día, él se llevó la mano al sombrero, asintió y me preguntó si sabía yo que Gräulich gastaba peluquín.

Como llegué temprano bajé de inmediato a audiovisuales, que también se podía abrir con la llave C6. Encendí la luz, busqué el armario que albergaba los vídeos, que estaba abierto, y recorrí con el dedo la hilera de lomos, pero no pude encontrar la película que buscaba. De pronto oí un ruido a mis espaldas y me volví deprisa, conteniendo el aliento. Me deslicé pegado a los armarios que contenían las imitaciones de estatuas de la Antigua Roma, completé el recorrido que conformaban los proyectores y los soportes para los mapas y no vi a nadie. Entonces oí de nuevo un leve roce. Llegaba de abajo. Me agaché. Bajo la mesa blanca que estaba contra la pared había algo. Oí toses. Miré con más atención. Un bulto de tela azul, un saco de dormir del que, despacio, con cuidado, a tientas, todavía profundamente dormido, sin reparar en mí, apareció el rostro de Heiner Stramm, el responsable de audiovisuales. Dios mío, exclamé yo, ¿qué hace usted ahí? Stramm salió de su escondite. Había pasado la noche allí, contó, Stramm, biología, química, responsable de audiovisuales. Yo: Kranich, inglés, alemán. Como seguía acurrucado en el suelo, me arrodillé a su lado. ¿Por qué había pasado la noche allí?, le pregunté. Él… pues… y de repente lo vomitó todo… ya no sabía qué hacer, afirmó, cogiéndose la cabeza entre las manos, no podía más, no aguantaba más, aquello era inhumano, una tortura, no tenía ninguna explicación, no podía concebir cómo había llegado a aquello, no sabía qué iba a pasar a continuación. Calma, calma, dije yo, al tiempo que me sentaba en el suelo. Todo tiene solución, puede hablar conmigo con total confianza. Había visto de reojo que tenía los pantalones colgados del respaldo de una silla, y —sin afianzarla a parte alguna—, allí

sola, reluciente y desvalida, en mitad de la tapicería azul, estaba la llave de Stramm, a mi alcance, sólo tenía que alargar la mano. Su mujer lo había abandonado, refirió Stramm. Mejor dicho, lo había echado de casa. Llevaba durmiendo allí tres días. No paraba de pedirle de rodillas que lo dejara entrar en casa, pero ella se había mostrado inflexible, él no había podido hacer nada. ¿Habían discutido?, inquirí. No, negó Stramm, ésa era la cosa, no había ningún motivo para que ella obrara así, él siempre se había comportado correctamente con ella, había satisfecho todos sus deseos, lo había hecho todo por ella, no podía reprocharse nada. Señor Stramm, dije, acercándome un tanto, puede ser totalmente sincero, la mayoría de las veces se trata de, bueno, cómo decirlo, de sexo, ¿sabe lo que quiero decir? Sí, sí, afirmó Stramm, pero hasta eso estaba en orden, sobre ese particular él apenas había dejado pasar una noche sin ocuparse de su mujer. Más bien al contrario, si pensaba en la cantidad de energía que había invertido y el empeño que había puesto precisamente en las noches. A ese respecto no había dejado nada al azar, había acudido escrupulosamente al dormitorio, en cada uno de sus actos carnales había empleado tres, cuando no cuatro, métodos distintos. La mayor parte de las veces empezaba con una canción y se sentaba junto a su mujer, pero entonces, antes de que se instalara el aburrimiento, apagaba el magnetofón para entablar una conversación que tenía por finalidad ahondar en los gustos de ella. A continuación solía incorporar una parte de ejercicios clásicos, pero antes de que esta fase se prolongara demasiado, le leía en alto a su mujer distintos pasajes de un libro oportuno con el objeto de reforzar el ambiente que se estaba creando. Nunca en aquellas horas había olvidado la fase de trabajo en silencio, durante la cual él observaba cómo se entretenía su mujer consigo misma. A fin de garantizar los resultados, él había fijado cada uno de sus gemidos, cada una de sus palabras cariñosas en el tablero que, en lugar de un espejo, colgaba sobre la cama y después, cuando a su mujer cada vez le costaba más lo del tablero, él incluso había llegado a proyectar transparencias en la pared del dormitorio, transparencias con posturas indicadas para llevar a cabo el acto carnal, y además siempre se cuidaba muy mucho de no abusar de la concentración de su mujer más de 45 minutos. En ese instante sonó el timbre, y yo me levanté del suelo, le tendí a

Stramm la mano para ayudarlo a levantarse, dije, venga, vístase, vamos a llegar tarde, dígame, ¿ha visto por alguna parte la película *The Grapes of Wrath*? Sí, respondió Stramm, el señor Safft la sacó ayer, dijo que la necesitaba la semana próxima para su curso básico. Cuando cerré la puerta de audiovisuales oí decir a Stramm: mi llave, ¿dónde está mi llave? Pero yo empecé a subir las escaleras sin hacerle caso.

18

Fui derecho a Safft y le pregunté por la película. La tenía en casa, replicó. ¿Por qué?, exclamé yo. Quería hacer una copia, respondió Safft. Yo necesitaba la película, espeté, *ya mismo*. Calma, calma, dijo Safft, al fin y al cabo no podía ser tan importante. ¿Cuándo tenía libre?, le pregunté a Safft. En ningún momento, dijo, horario completo más cuatro clases extra. ¿Estaba casado?, me interesé. Safft asintió. Tenía que darme su número, le insté. Estaba en el listado de direcciones de los profesores, repuso Safft, y se volvió y abandonó la sala de profesores, ya que acababa de sonar el timbre por segunda vez.

Terminé de dar la primera clase, y al salir del aula me topé con Kniemann, que me agarró el hombro con la mano derecha y me susurró al oído que necesitaba material, material nuevo, que si tenía algo para ella, yo me solté, le lancé las palabras Troya, Aníbal y Hastings y la dejé instruyéndose en la escalera. Al pasar por delante de las ventanas del primer piso vi que una limusina verde, un Mercedes, aparcaba en el patio, un lugar que estaba prohibido a los automóviles, la señora Klüting se bajaba del Mercedes y pegaba un enorme cartón con las letras *c*, *a* y *r* en el techo del coche. En ese momento se me acercó Hilde Bräunle y me preguntó si sabía algo de ordenadores, la impresora no imprimía. No, dije, y me fui a la sala de profesores, donde hube de presenciar cómo algunos alumnos empujaban tres estatuas de deidades desnudas, de un metro de alto y a todas luces pesadas, en pos de Achim Renner, que dirigía a sus alumnos hasta su mesa. Finalmente llegué hasta el listado de direcciones de los profesores, lo abrí y encontré el número de teléfono de Safft. Para no perderlo, me lo apunté en el dorso de la mano antes de que Pascal se me acercara y me dijera que no podía

creerlo, que era sencillamente increíble. ¿El qué?, pregunté. Esa mañana había recibido una llamada del canónigo, él, Pascal, era candidato a la *missio* de oro, que cada año era otorgada al mejor profesor de religión acreditado por la Iglesia. Enhorabuena, dije con el sonido del timbre de fondo, y dejé la sala de profesores. Después de dar la clase y, según lo dispuesto, cerrar con llave cuando hubieron salido del aula los últimos alumnos y ver cómo la señora Klüting devolvía su nuevo Mercedes al aparcamiento, fui a la sala de profesores y marqué el número de Safft. Saltó el contestador automático. Traté de explicarle a la señora Safft en pocas palabras de qué se trataba, le pedí que me dijera qué número ponía en el lomo de la cinta y le di mi número. Después colgué, y me disponía a sentarme en el sofá cuando, súbitamente, mientras los profesores aún revoloteaban en torno a sus respectivas mesas durante el bullicio apacible del recreo, que no hacía sospechar nada extraño, las dos puertas de la sala de profesores se abrieron de golpe a un tiempo e irrumpieron tres, cinco, siete, diez, quince hombres vestidos de blanco. A ello siguió un silencio absoluto, un silencio en el que resonaron tres palabras terribles: comisión de investigación, dijo uno de los hombres. El día anterior la Delegación de Stuttgart había recibido una llamada anónima, continuó, a las dieciséis horas y veinticinco minutos, si bien efectuar llamadas anónimas estaba estrictamente prohibido según el artículo veintisiete nueve de la normativa *CIII sobre el empleo de aparatos telefónicos con fines oficiales*. Sin embargo, de la llamada anónima se había podido inferir sin ningún género de dudas que en el cuerpo docente del ERG de Göppingen estaba haciendo de las suyas un topo, un topo *no identificado*, circunstancias estas que, holgaba decir, carecían de autorización y, por consiguiente, estaban prohibidas. Además les había sido notificado un sorteo no permitido que se había celebrado en el transcurso de una deliberación de carácter oficial, hecho este que constituía una infracción de la normativa *A IV sobre la aplicación de medidas resolutorias en el seno de un cuerpo docente desleal*. A consecuencia de tan desafortunados incidentes sólo restaba efectuar una investigación exhaustiva, la cual, decretada por las altas esferas, se llevaría a cabo sin dilación. Que nadie salga de la estancia, pidió el portavoz. Punto número uno, prosiguió éste al cabo de un rato, identificación del topo. A tales efectos sostenía una

carta en las enguantadas manos blancas. Esa carta, dijo el portavoz, había sido enviada, anónimamente, a la señora doctora Margarete Wirtz, directora del afamado KNOGY. Dicha misiva incluía información clasificada sobre asuntos internos del ERG. Por consiguiente el autor de dicha carta sólo podía ser un miembro del cuerpo docente del ERG. No obstante estaban en perfecta situación de averiguar quién era el responsable, puesto que en el sobre y en el papel, que constituían el cuerpo del delito, se habían encontrado no sólo las huellas dactilares de la directora Margarete Wirtz, sino también las de otra persona. Y acto seguido iban a proceder a identificar a esa otra persona. Algunos de los blancos comenzaron a tomar las huellas de los profesores, mientras otros instalaban en la biblioteca una especie de laboratorio y colocaban las impresiones digitales que les iban facilitando en unos aparatos y las comparaban con las huellas del topo que quedaran marcadas en el sobre. Al cabo de un rato se abrió la puerta otra vez y dos blancos hicieron pasar a Höllinger y Bassel a la sala de profesores. El portavoz se dirigió a Höllinger directamente. El punto número dos, dijo, lo ocupaba una pérdida que no sería tolerada por el sistema vigente, la pérdida de autoridad del director, cabeza de la institución, derivada de una *petición* cursada al cuerpo docente, a causa de la cual Höllinger había abandonado el lugar que le correspondía, en claro desprecio de la normativa, y durante un breve instante se había situado al nivel de sus subordinados. Por si ello fuese poco, se había celebrado un sorteo irregular y no autorizado, que no recogía ni contemplaba ningún reglamento, circunstancia esta que equivalía indirectamente a un engaño a la Delegación en su totalidad e inducía a una toma de posibles decisiones erróneas por parte del máximo responsable interno. Höllinger miraba abatido al blanco. El dictamen, prosiguió el blanco, era un descenso de tres puestos en el escalafón de méritos. No obstante Höllinger podía seguir desempeñando su cargo de director en el ERG, ya que era la primera vez que se producía la falta en cuestión y del expediente personal del director se podía inferir una dirección intachable a grosso modo. ¡No!, exclamó de repente Kniemann, ¡no!, exclamó con voz alta y vehemente, aquello no se podía tolerar, era inaudito, era el canto del cisne de la formación humanística, uno no podía decir sin más ni más «a grosso modo», anteponiendo la preposición a, no era correcto, ella no

estaba dispuesta a dejarlo pasar, grosso modo era una locución latina en caso ablativo y, por tanto, no admitía la preposición, dijo Kniemann, había que poner más cuidado. Höllinger se estremeció y soltó un bufido dirigido a Kniemann, silente, pero expresivo, a continuación se volvió hacia el blanco, que con aquella objeción inesperada, parecía un tanto confuso, y Höllinger musitó varias veces: se lo agradezco, antes de hacer un esfuerzo por recuperar la compostura. Luego se abrió la puerta de la biblioteca y salió un blanco que le pasó una nota a su jefe. El topo, anunció el portavoz después de echar una ojeada a la nota, acababa de ser descubierto. Lanzó una mirada impenetrable a los profesores. Se apellidaba Jensen, nombre de pila Josef. Las huellas dactilares eran idénticas, no cabía la menor duda. Su permanencia en el ERG quedaba descartada, el veredicto: reducción de sueldo, traslado a la Siberia suaba. Jensen se metió la mano mecánicamente en el bolsillo del pantalón, sacó la llave del centro de un manojo de llaves y la dejó en la mesa. Dos blancos recogieron toda la documentación escolar de Jensen mientras otros dos se situaban a derecha e izquierda de Josef y lo sacaban de la sala de profesores cogido por los brazos. Ésa fue la última vez que vi a Josef Jensen.

19

Su cometido todavía no había finalizado, continuó el blanco. Dado que ya estaban allí, querían aprovechar la ocasión para someter a un control a algunos de los otros profesores del a todas luces respondón cuerpo docente durante el cumplimiento de sus deberes. Trece profesores, especificó el blanco, habían sido escogidos de manera aleatoria para ser objeto de examen durante el ejercicio de la actividad docente. Acto seguido empezó a leer una lista de nombres. Por orden alfabético. Todo el que no oyó su nombre respiró aliviado y se dejó caer en la silla. Ammel, Bruns, Krammy, Kranich… Ya no escuché más. A partir de ese instante todo lo viví como si estuviese en trance, vi a uno de los blancos, que parecía venir flotando hacia mí como a cámara lenta en medio de una capa de niebla que desprendía una luz tenue e inquietante, no pude mirarlo a los ojos, ya que llevaba gafas de espejo. El blanco me tomó del brazo, cogió mi cartera y me sacó de la sala de profesores, sin preguntar nada, daba la impresión de estar al corriente de todo, me guió por el centro como si yo fuese ciego y me llevó directamente al aula donde me aguardaba 10.º D. Me mareé, apenas podía mantenerme en pie cuando el blanco se sentó en la última fila y apoyó en la carpeta la hoja de evaluación en actitud expectante, lápiz en ristre. De mi boca sólo salió un ronco graznido. Buenos días, saludé a los alumnos en alemán, ya que a bote pronto no me salió decirlo en inglés. Sin embargo los alumnos intentaron ayudarme garabateando en hojas en blanco frases y palabras clave a las que pude agarrarme aceptablemente durante los primeros quince minutos. Después me serené un tanto, mi respiración se volvió más pausada y, a través de la densa niebla que me empañaba los ojos, pude ver algo. Pude distinguir de nuevo el

rostro de cada uno de los alumnos y después también el del blanco. De ahí en adelante sólo le presté atención al blanco, que escribía sin parar. Si se llevaba la mano a la oreja, se me cortaba la respiración. Si fruncía el ceño al oír una palabra pronunciada por mí, yo exclamaba en el acto: «¡mal!»; si entonces él levantaba la vista de la hoja y ponía cara rara, yo decía, no, bien. ¿Qué podía estar escribiendo?, pensaba yo imperturbable, pues escribía más de lo que yo decía, más de lo que los alumnos decían, escribió una libreta entera, no paraba de escribir, es imposible cometer tantos errores como él anota, pensaba yo, tal vez también apunte otras cosas, mi postura, saqué pecho; mi voz, comencé a gritar; mi caligrafía, escribí cada una de las letras perfectamente proporcionadas en el encerado; me habría gustado acercarme a él y ver lo que ponía, decirle: ajá, claro que está mal lo que he dicho ahí, lo supe en el preciso momento en que lo dije, sabía que estaba mal, lo he dicho mal *a propósito* para ver si los alumnos se daban cuenta del error. Quizá, pensé de repente, también escribiera cosas positivas, pero no, reflexioné, ¿qué hay de positivo en esta clase? Poco antes de que me desmoronara me salvó el timbre, y también los alumnos se enjugaron el sudor de la frente. Me senté, abrí el parte de clase sacando fuerzas de flaqueza, consigné mi abreviatura y me pregunté sobre qué había versado la clase que acababa de dar. Lo ignoraba. Escribí: «Repaso» y a continuación el blanco me llevó a un aula vacía, y yo respiré hondo cuando me senté frente a él y eché un vistazo a las hojas de evaluación, que sostenía en las rodillas: el blanco había rellenado diez hojas. Yo estaba preparado para cualquier cosa. Pensé que empezaría a gritarme, a hacerme reproches, a tacharme de ser un profesor inepto, inútil, una nulidad, pero no sucedió nada de eso. Se puso a leer con toda tranquilidad, de principio a fin, lo que había escrito, diez minutos, veinte minutos, media hora, nada. Le pregunté: ¿y? Él no reaccionó. Otros diez minutos, veinte minutos, de repente levantó la vista, yo me quedé helado, se quitó las gafas despacio, muy despacio, vi unos ojos brillantes y acuosos de color azul claro, y el blanco abrió la boca, alargando cada sílaba con fruición al decir: CON-SE-CUEN-CIAS. Luego se puso en pie, se volvió y me dejó solo en el aula, tembloroso y sintiéndome mal. Decidí comunicar que estaba enfermo y tomarme libre el resto del día, pero me vino a la cabeza

el plan de guardias de Bassel y deseché la idea. Fui a la sala de profesores, que parecía un campo de batalla. Había profesores por doquier, abatidos, cansados, completamente marcados por la agonía del examen, de los que cuidaban aquellos que habían salido bien librados. A mí me recibió en el acto Hilde Bräunle, que me echó una manta por encima y me acomodó en el sofá, me sirvió té y me frotó las manos, sentí una inmensa gratitud, señora Bräunle, dije, con lágrimas en los ojos, nunca olvidaré esto. En los pasillos, según me contaron, reinaba el caos. Los profesores objeto de examen ya no eran capaces de impartir clase, los alumnos campaban por sus respetos y salían de las aulas.

En medio de aquella confusión generalizada yo fui el único que percibió que, al cabo de media hora, alguien llamaba con suavidad a la puerta de la sala de profesores. Me levanté del sofá con paso vacilante, me arrastré hasta la puerta y abrí. En el pasillo había un alumno de quinto que cargaba con una mochila enorme. Salí. Se había encontrado aquello, dijo. Quería entregarlo. No respondí nada, rodeé con mi garra la llave que me tendía, me la metí en el bolsillo del pantalón, donde tintineó al chocar con la llave de Stramm, y me pasé la mano por la frente. Recordé el juramento que hiciera esa misma mañana: que le llevaría *dos* llaves a Höllinger, ese mismo día, que entonces todo volvería a estar bien, que me tacharía de la lista y en adelante yo pasaría a reforzar la fracción de Höllinger. Ahora tenía esas dos llaves, pero en ese mismo instante me sobrevino un nuevo mareo, las rodillas amenazaron con no sostenerme, volví a la sala de profesores dando traspiés y me dejé caer en el sofá, cerré los ojos y pensé: tengo las llaves, ya nada puede ir mal, no tengo por qué darlas hoy, puedo hacerlo mañana, me presentaré ante Höllinger con fuerzas renovadas, pensé, lo haré mañana, mañana me tachará de la lista. A mi lado estaba sentada Kniemann, que dijo que aquello era típico, a ella nunca la habían examinado, siempre se le adelantaban los otros, parecían temerla a ella y sus conocimientos, incluso los blancos. Le ofrecí la hoja con mis preguntas y Kniemann se pasó los quince minutos siguientes hablándome entre susurros mientras yo fingía escucharla.

20

De vuelta en casa, lo primero que acaparó mi atención fue el contestador automático: tenía tres mensajes. El primero era de mi madre: que cómo me iba, qué tal en el centro, si había empezado con buen pie, cómo eran los compañeros, cómo era el director… Lo borré. El segundo mensaje era del director: había llegado a sus oídos que ese día me había agenciado dos llaves, pero no se las había entregado a él, Höllinger. Ésa era una falta de confianza para con él y un menosprecio de mis obligaciones como FSS. Traería consecuencias. Debía comparecer ante él al día siguiente, durante el recreo. El tercer mensaje era de la señora Safft: tenía el vídeo en la mano, podía leer el número con claridad. Lo que no sabía era por qué rayos me interesaba tanto ese número, pero ya que por teléfono yo había dado la impresión de que el asunto no era banal, quería comunicarme que el número era el… La cinta del contestador se terminó. Me senté en la alfombra, junto al teléfono, y saqué un cigarrillo del paquete. Me miré el dorso de la mano, marqué, saltó el contestador. Me dirigí al señor y la señora Safft, si tendrían la amabilidad de facilitarme de nuevo el número.

Pasé el resto del día preparando cosas, si bien durante todo el tiempo tuve la sensación de no estar a lo que estaba. A medianoche ya había terminado, cené y me senté con apatía en el sillón. Tenía el maletín en el regazo, asiéndolo con fuerza. Me puse a meditar. Escogí una forma de meditación que había aprendido en las prácticas durante la reunión de evaluación de quinto y sexto curso, mientras daba a conocer las denominadas notas de comportamiento. Uno estaba obligado por decreto a leer en alto todas las notas de comportamiento de todos los alumnos en la reunión, y yo ahora tarareaba mentalmente la tranquilizadora melodía mientras veía el

asentir cansado de los profesores que ocupaban la mesa, a los que envolvía un silencio y un recogimiento peculiares cuando se decía que Caroline siempre hacía los deberes y los profesores estaban plenamente satisfechos, participaba activamente en clase, siempre estaba atenta, desempeñaba sus tareas con esmero y puntualidad, podía seguir la materia perfectamente y era querida en clase; Frank no siempre hacía los deberes y los profesores no estaban plenamente satisfechos, participaba ocasionalmente en clase, no siempre estaba atento, la mayoría de las veces desempeñaba sus tareas con esmero y puntualidad, casi siempre podía seguir la materia perfectamente y era tolerado en clase; Pia no hacía los deberes y los profesores no estaban satisfechos, nunca participaba en clase, a menudo estaba desatenta, no desempeñaba sus tareas ni con esmero ni con puntualidad, era absolutamente incapaz de seguir la materia y era muy querida en clase, se recomendaba que no estudiara el bachillerato. El teléfono. Abrí los ojos de golpe. Me encontraba sentado en la mecedora, fuera había luz. Las ocho de la mañana. El esfuerzo de los últimos días había podido conmigo. ¿Qué día era? ¿Viernes? Estaba como paralizado y no fui capaz de extender la mano para coger el teléfono, de forma que oí mi propio mensaje para, a continuación, reconocer la voz de la señora Safft, el día anterior se había hecho tan tarde que no había querido molestarme, éste era el número: 5387. Mucha suerte. Luego oí el pitido del contestador y abrí el maletín: allí había un pasaporte falso con mi foto a nombre de Edwin Röder junto con el título de bachiller, los dos exámenes estatales, el nombramiento de profesor, un contrato de alquiler con las llaves de una vivienda y la descripción precisa de su ubicación en un plano de la ciudad de Fráncfort, una cuenta con más de 10.000 euros en el Deutsche Bank, el dinero, ponía en una carta, estaría a mi disposición a partir del lunes a las trece horas, en caso de que me encontrase en el HDGG de Fráncfort antes de las ocho de la mañana, debía optar por aceptar un empleo en Hesse, con los rojos. También encontré un sobre acolchado en el que ponía: «Podría ser de utilidad en la huida de Baden-Württemberg.» Dentro había una pistola, munición e instrucciones de uso. Leí las instrucciones de uso, cargué la pistola, me la metí en la delantera del pantalón, me saqué la camisa por fuera, quemé en la bañera mi antiguo pasaporte y todo lo que

pudiera relacionarme con mi anterior identidad, agarré una maleta, metí en ella la nueva documentación y algo de ropa y cosas que me parecieron importantes, cogí la maleta, me dirigí a la estación despacio, con parsimonia, sin prisas, me subí al tren con destino a Göppingen, al guardarme el billete ya picado en el bolsillo lateral de la chaqueta encontré los anuncios de pisos que arrancara del diario de Göppingen, los arrugué, los tiré y respiré hondo. Una vez en Göppingen metí la maleta en una taquilla y me puse en movimiento. Seis, cero, me saludó el señor Krämer. Cero, asentí yo.

Llegué justo a tiempo. Cinco minutos antes de que diera comienzo el recreo. Fui a ver a Pascal, que tenía una hora libre, y le deseé mucha suerte para la *missio* de oro; a Achim Renner hube de consolarlo, ya que el día anterior un alumno había derribado sin querer una de las estatuas. Kniemann, Klüting, Linnemann y la mayor parte de los otros estaban en clase. Pedí a Renner que saludase de mi parte a todos los que conocía. ¿Por qué?, preguntó, ¿qué pasa? En ese instante sonó el timbre. Le pregunté a mi vez a Renner por qué no dejaba el centro sin más. Y entonces ¿qué hago?, inquirió con cara de no entender nada. ¿Adónde voy? A Bali, repuse, y me situé a la puerta de la sala de profesores. Los profesores entraron en tropel. Cinco minutos más tarde, cuando ya estaban todos dentro a excepción de los encargados de vigilar el recreo, me saqué del bolsillo del pantalón una de las llaves que consiguiera el día anterior, carraspeé y exclamé: ¡He encontrado una llave! Silencio. Después se oyeron gritos aislados, una llave, chilló alguien, se la ha encontrado, no se la ha dado al director, ¡bien, Kranich! Metí la mano en el bolsillo, saqué la segunda llave y exclamé: ¡He encontrado otra llave! Y los profesores se arremolinaron a mi alrededor, viva Kranich, dijeron, Stramm y Klüting cogieron sus respectivas llaves conmovidos y me dieron varias veces las gracias. También los demás me hicieron gestos de agradecimiento y sonrieron. Después me saqué del bolsillo el sobre que me había dado el director y exclamé: ¡Soy uno de los dos Funcionarios Secretos de Seguridad! Los profesores se estremecieron. Menuda tontería, dijo Klüting, que fue la primera en calmarse. De ser así no nos habría devuelto las llaves. Cierto, corearon otros. Le tendí a Klüting el sobre: aquí tiene la prueba, aseveré. Klüting abrió el sobre. ¿Por qué iba a haber dos?, inquirió

Linnemann. Nunca ha habido dos FSS. Estoy firmemente convencido de que… Entonces gritó Klüting espantada: ¡Es verdad, es verdad, lo es! Los profesores dieron un paso atrás. Yo seguía junto a la puerta, y en ese momento saqué la pistola de la delantera del pantalón, introduje el cargador tal y como leyera en las instrucciones de uso, tiré de la corredera, apunté al aire, disparé, estruendo, humo, del techo cayó algo de pintura, exclamé: ¡Esto es un atraco! Los profesores guardaron silencio. Ordené: Gräulich, tome el sombrero y recoja todas las llaves del centro. Gräulich cogió el sombrero de la percha y fue pasando por delante de los profesores, a la mayoría de los cuales les costó soltar la llave, que llevaban afianzada con mosquetones y cadenas a la trabilla del pantalón. A los diez minutos Gräulich se presentó ante mí con el sombrero rebosante de llaves. Entretanto también habían vuelto los encargados de vigilar el recreo, a quienes recibí. Le quité el sombrero a Gräulich, dije: que nadie se mueva, apunté, disparé una vez al teléfono, abandoné la sala de profesores, cerré las dos puertas de fuera, me guardé el arma y me dirigí a secretaría. Bassel, que estaba apoyado en el mostrador de secretaría, de buen humor, me saludó diciendo: hombre, Kranich, más disparos, ¿es que los profesores en prácticas ya están ensayando las evaluaciones? Saqué el arma y dije que no, que yo supiera. Después de arrebatarles las llaves a Bassel y las secretarias y encerrar a los tres en el despacho de Bassel permanecí un instante en secretaría. El corazón me latía a toda prisa. Por primera y única y última vez entraría en ese instante, ese día, mi quinto día en el centro, en el despacho del director sin llamar. ¿Qué desea?, preguntó Höllinger, alzando la vista de la mesa. Llevaba el arma oculta en el pantalón. He llevado a cabo su cometido, Höllinger, afirmé. ¿De qué me habla?, inquirió Höllinger. Las llaves, repliqué yo. Así que se ha hecho con algunas llaves, dijo Höllinger. Bien, Kranich, enhorabuena, y ¿de quiénes son? De todos, contesté, al tiempo que volcaba el sombrero de Gräulich delante de él, de manera que en su mesa tintinearon más de sesenta llaves de un dorado herrumbroso. La cara que puso Höllinger superó mis expectativas. ¿Todas? La palabra salió a duras penas de su boca. ¿Cómo dice, Kranich? Todas, repetí. El director enmudeció, pero entonces yo dije: no, Höllinger, todas no, todavía falta una. Y me saqué mi propia llave del bolsillo, cerré brevemente

los ojos y vi a Jack Lemmon, que había arrojado la llave sobre la mesa de su jefe con cara de asco, esa misma cara quería poner yo, de esa misma forma quería tirarle la llave, con la misma mirada, con la misma actitud, con el mismo movimiento de muñeca seco, y la llave salió volando de mis dedos en dirección a la mesa, hendió el aire y aterrizó con un tintineo en el montón de llaves. Höllinger se me quedó mirando. ¿La suya?, me preguntó, Kranich, ¿la suya? Asentí. ¿Dimite usted?, quiso saber. Asentí de nuevo, con aire triunfal. Entonces Höllinger se levantó, me tendió la mano y dijo que en ese caso me deseaba mucha suerte en el futuro. Le tendí la mano derecha con los ojos bien abiertos mientras Höllinger sacaba con la izquierda una botella de champán del armario que tenía detrás y decía: Brindemos por ello, Kranich, ¿no? Entonces me solté, crucé la puerta, bajé a toda prisa las escaleras y lo último que oí antes de abandonar el centro fue un taponazo.

EPÍLOGO

Tan sólo dejar atrás la calle Johnstrasse, pensé, atravesar esta nube de gases de escape, dejar tras de mí la gasolinera, el olor a aceite, los cristales de espejo azules del banco, tan sólo dejar esto atrás. El semáforo, que permaneció rojo unos minutos, se puso verde un instante. Por fin el puente, el paso subterráneo, el acordeonista. Pasé por delante a buen ritmo, directo a consigna, saqué la maleta y me subí al tren de Fráncfort, me senté en el vagón de fumadores, fumé, estiré las piernas, me dejé llevar durante el trayecto y me bajé en Fráncfort. Iba a sacar el plano de la maleta cuando se me acercó un hombre vestido de rojo. Sígame, dijo. Lo seguí. Delante de la estación había una limusina, subí a la parte de atrás. A mi lado había otro hombre trajeado que me escrutó sin decir palabra. El vehículo se puso en marcha, y el hombre miró por la ventanilla.

¿Adónde vamos?, le pregunté.

A su casa, replicó él.

¿A mi casa?, repetí.

A su casa, aseguró el hombre.

Guardamos silencio un rato.

La casa, le pregunté, ¿dónde está?

Justo al lado del centro, me contestó.

¿Y *usted*?, inquirí, ¿quién es *usted*?

Soy el encargado de redactar su evaluación.



MARKUS ORTHS, nació en Viersen (Alemania), en 1969, y en la actualidad vive en Karlsruhe (Alemania). Estudió Filosofía y Literatura francesa e inglesa. Es autor de los libros de relatos *Wer geht wo hinterm Sarg* (2001) y *Fluchtversuche* (2006), y de las novelas *Corpus* (2002), *Catalina* (2005), *La camarera* (2008) y *Hirngespinste* (2009). Markus Orths ha recibido numerosos galardones: el Premio Austria Telekom, la beca Baden-Württemberg, el Berlin Open Mike, uno de los premios más prestigiosos para jóvenes escritores de Alemania, el Premio Sir Walter Scott, el Premio de Limburgo, el Premio de Literatura del Estado de Renania del Norte-Westfalia, el Premio de Literatura de la ciudad de Marburgo, el Premio Floriana, la Beca Heinrich Heine y el Premio de Literatura Moers.

La sala de profesores, publicada en toda Europa y Estados Unidos, ha sido llevada al cine.